

Dirección y Coordinación Oficina de Cultura
Convoca Vicerrectorado de Cultura
Pórtico Tatiana Sentamans
Textos sus autores
Diseño y maquetación Marco Francés
Editor Vicerrectorado de Cultura
I.S.B.N.: 978-84-09-15352-7
Depósito Legal: A 468-2019
Imprime Quinta Impresión

## **ATZAVATES**



XIV Premio de relato corto 2019 Universidad Miguel Hernández de Elche

### PÓTTICO

A través de la plasticidad del lenguaje, números+s autor+s a lo largo de la historia nos han contado historias, nos han emocionado y nos han hecho pensar e imaginar otros mundos posibles. Sin embargo, y a pesar de que cada vez más las sociedades contemporáneas nos alejan de los tan necesarios paréntesis de lectura, este verano he podido desconectarme de las pantallas y retomar el relato de ficción -y en papel- de la mano de la autora afroestadounidense Nnedi Okorafor. Su *Binti*, que empezó como una novela corta y se ha transformado en una trilogía, ha resultado ser una fábula extraordinaria de ciencia ficción que reflexiona sobre los binomios universidad/conocimiento, cultura/conocimiento e individuo/sociedad desde un punto de vista crítico, radicalmente actual e interseccional (interracial, interespecista, feminista, decolonial, etc.). Pero quizás mi mayor fascinación por este libro ha derivado, a propósito de su lectura, del hecho de haber recordado -y/o repensado- cómo construir un relato de ficción no solo conlleva un compromiso con la creatividad y con el dominio técnico y poético del medio, sino también una responsabilidad social y cultural en la definición y en la transmisión de un determinado mensaje:

"My tribe is obsessed with innovation and technology, but it is small, private, and, as I said, we don't like to leave Earth. We prefer to explore the universe by traveling inward, as opposed to outward. No Himba has ever gone to Oomza Uni. So me being the only one on the ship was not that surprising. However, just because something isn't surprising doesn't mean it's easy to deal with." (Binti, Okorafor, 2015; traducido por Carla Bataller Estruch al castellano en 2018)

Como es habitual en este espacio, quiero agradecer su dedicación y esfuerzo al equipo humano (organización, gestión, producción y jurado) que ha hecho posible el Decimocuarto Premio de Relato Corto Atzavares de la Universidad Miguel Hernández. Deseo transmitir además mi más sincera enhorabuena a todas las personas que han participado, pero especialmente a aquéllas cuyos relatos han sido seleccionados y galardonados, ya que componen la magnífica publicación que tenemos entre manos.

Nos leemos la próxima edición,

**Tatiana Sentamans** Vicerrectora de Cultura Universitas Miguel Hernández

### **PÒTTIC**

A través de la plasticitat del llenguatge, nombros+s autor+s al llarg de la història ens han explicat històries, ens han emocionat i ens han fet pensar i imaginar altres mons possibles. No obstant això, i malgrat que cada vegada més les societats contemporànies ens allunyen dels tan necessaris parèntesis de lectura, aquest estiu he pogut desconnectar de les pantalles i reprendre el relat de ficció -i en paper- de la mà de l'autora afroamericana Nnedi Okorafor. El seu *Binti*, que va començar com una novel·la curta i s'ha transformat en una trilogia, ha resultat ser una faula extraordinària de ciència ficció que reflexiona sobre els binomis universitat/coneixement, cultura/coneixement i individu/societat des d'un punt de vista crític, radicalment actual i interseccional (interracial, interespecista, feminista, decolonial, etc.). Però potser la meua més gran fascinació per aquest llibre ha derivat, a propòsit de la seua lectura, del fet d'haver recordat -i/o repensat- com el fet de construir un relat de ficció no només comporta un compromís amb la creativitat i amb el domini tècnic i poètic del medi, sinó també una responsabilitat social i cultural en la definició i en la transmissió d'un missatge determinat:

"My tribe is obsessed with innovation and technology, but it is small, private, and, as I said, we don't like to leave Earth. We prefer to explore the universe by traveling inward, as opposed to outward. No Himba has ever gone to Oomza Uni. So me being the only one on the ship was not that surprising. However, just because something isn't surprising doesn't mean it's easy to deal with." (Binti, Okorafor, 2015; traduït per Carla Bataller Estruch al castellà el 2018)

Com és habitual en aquest espai, vull agrair la seua dedicació i esforç a l'equip humà (organització, gestió, producció i jurat) que ha fet possible el Catorzé premi de relat curt Atzavares de la Universitat Miguel Hernández. Desitge transmetre a més la meua més sincera enhorabona a totes les persones que han participat, però especialment a aquelles els relats de les quals han estat seleccionats i guardonats, ja que componen la magnifica publicació que tenim entre mans

Ens llegim la propera edició,

**Tatiana Sentamans** Vicerectora de Cultura Universitas Miguel Hernández

### comisión de selección

Presidente: José Luis Vicente Ferris

Escritor y profesor del Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

Vocal: Alicia de Lara González

Profesora del Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

Vocal: Irene Belmonte Martín

Profesora de Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

Vocal: Joaquín Juan Penalva

Escritor y profesor de Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

Vocal: María del Carmen Ponce López

Profesora del Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

Secretario: Eduard Aguilar Lorente

Técnico especialista de Biblioteca, colaborador de CulturPlaza.

#### premios

Primer Premio
Distópicos, Laura Coves Fernández

Segundo Premio El prototipo, Miguel Ángel Molina Jiménez

Tercer Premio Mañanas paralelas, Elena Alcantud Brotons

### selección para publicación

Son y serán cicatrices por fuego, Lamiae Belghanou Tarhouli

Manzana podrida, Laura Coves Fernández

Como por arte de magia, **José Filiu Casado** 

La rendija, Eduardo José Francés Álvarez

 $La\ cabra\ tira\ al\ monte,\ \mathbf{Mar\'ia\ Jos\'e}\ \mathbf{Navarro}\ \mathbf{R\'ios}$ 

La polseguera, Pablo Navarro Simarro

Muralla a la vanguardia, Irene Reyes Noguerol

Alerta spoiler!, Judith Rodríguez Duclos

La sonrisa del vikingo, M. Magdalena Ruiz Brox

# Relatos Premiados



## DISTÓPICOS

#### Laura Coves Fernández

#### PRIMER PREMIO

Para mi madre, por su paciencia. Te quiero más allá del tiempo y el espacio.

Querida Eva,

Sé que voy a morir pronto, que no voy a ser capaz de verte crecer, por ello quiero que conozcas toda la verdad. Aún eres muy pequeña y sé que esta carta no te será entregada hasta dentro de varios años, pero esta es la última vez que podré comunicarme contigo y, créeme, ya me da igual el tiempo.

Sé que cuando la leas ignorarás todo lo concerniente al mundo exterior y la historia después de la Caída. Eric ha jurado no abrir la boca para evitar que os purguen y, sinceramente, se lo agradezco de corazón.

Entre estas páginas se hallan extractos de mi diario personal, dibujos y textos del cuaderno de tu madre y algunos documentos que he redactado en los últimos días al creer que son necesarios para aclarar algunos conceptos que desconoces. Aquí te hablaré del día ZERO, la Masacre Verde, las Guerras Nocturnas, la construcción de la cúpula Nova... Te hablaré de los Oniris, de los Distópicos, de tu madre... De mí.

Puede que al final de mi relato pienses que fuimos héroes, pero no te confundas. Esta carta es mi expiación.

Te quiero, mi niña. Vive y cambia el mundo.

• •

El 19 de febrero del año 1150 después de las Guerras Tecnológicas nuestro mundo cambió para siempre.

En aquella época yo era un recién ingresado en la Facultad de Ingeniería Nanomolecular y de Genética Constructiva, un novato de 18 años que creía poder desarrollar la tecnología que detuviese completamente el envejecimiento celular y, con ello, erradicar definitivamente aquello que todos los humanos temíamos más: la muerte.

Era un soñador. O eso creía. Ahora me doy cuenta de que tan solo era un niño de papá, uno de esos nuevos ricos que gastan millones de tecnocréditos en una carrera que suena bien en el currículum. Ahora que ya no existe el dinero ni el prestigio es cuando me doy cuenta de que nunca tuve una meta o un sueño propios, solo algo que escogí porque su fama era evidente.

Recuerdo pasar junto a los estudiantes de "categorías inferiores" y sentirme importante, superior. Mis compañeros y yo nos burlábamos de aquellos que estudiaban lo que, a nuestro parecer, eran carreras para fracasados: educación, psicología, filosofía, geología, etc. Nos ensañábamos, sobre todo, con aquellos que se empeñaban en buscar soluciones a problemas tontos como el cambio climático, las extinciones, la contaminación, las plagas o la hambruna. Teniendo purificadores de aire y agua qué importaba la contaminación. ¿Y el hambre? Nunca pasé hambre. Mi nevera siempre estaba repleta aunque nunca pisase un supermercado.

Hipócritas. Eso es lo que éramos. Un grupo de hipócritas buscando el triunfo de la vida mientras a nuestro alrededor la gente moría de inanición o por una enfermedad conocida como la Mancha Negra, producida por la reacción del dióxido de carbono con el Criptex, aquel producto químico que había sustituido al petróleo cuando, unos 2000 años atrás, no hubo más reservas que explotar.

Los científicos expertos en toxicología, química o medio ambiente intentaron detener lo que se convertiría en un suicidio ambiental, pero las empresas y los políticos los ignoraron. ¿Qué importaban un par de pájaros, de arbolitos? ¿Qué más daba lo que les pasase a los suelos, a las aguas? Mientras existiese dinero suficiente conseguiríamos desarrollar nuevas tecnologías, nuevos métodos para resolver esos "males menores", como llevábamos siglos haciendo. Al fin y al cabo, si los humanos de la era del petróleo habían conseguido superar la última Crisis Ambiental con sus tecnologías primigenias, ¿cómo íbamos a ser nosotros menos?

Pero fuimos demasiado soberbios y, en esa ocasión, la tecnología nos falló.

El Criptex, ese magnífico producto más eficiente que todos los combustibles fósiles, nucleares y químicos que habían existido con anterioridad, se volvió contra nosotros.

Millones de vidas se perdieron: vegetales, animales, humanas.

A pesar de la catástrofe, seguimos siendo hipócritas y solo se buscó una solución cuando las poblaciones del primer mundo se vieron diezmadas. Pero la solución fue peor que la enfermedad. Y los desencadenantes fueron los que rompieron las leyes físicas y temporales. Los que nos descubrieron Utopic y dieron comienzo al caos.

. . .

Illitec, 19 de febrero de 1150 a.T.W.

El cielo se ha partido en dos. Es la única forma que tengo de describir lo que ha sucedido esta mañana.

Parecía un día normal, uno de tantos otros. Pero algo extraño se respiraba en el ambiente, como el miasma carbonoso que anuncia una tormenta de ácido.

Cuando he atravesado la atmósfera limpia de la universidad el cielo real estaba teñido de un tinte morado bastante aterrador en vez de su típico tono gris acero. Y luego todo ha ocurrido  $mu\gamma$  rápido.

Yo estaba en clase cuando ha sucedido y, en cierta medida, eso me ha salvado la vida. El cielo violeta se ha quebrado y de esa grieta han surgido... monstruos. Seres enormes con formas grotescas, con varios apéndices afilados secretantes de sustancias corrosivas y con una voracidad... aterradora. Criaturas de pesadilla que han destruido los campos atmosféricos y las barreras de seguridad como si fuesen cristal de Bohemia.

Ha cundido el pánico.

Uno de esos seres ha arrasado mi facultad. He sido uno de los pocos que ha podido escapar al apetito de la criatura, pero, a pesar de ello, he tenido el macabro y repulsivo placer de observar con mis propios ojos cómo cientos de personas, incluidos algunos de mis compañeros, eran descuartizados, abrasados y devorados por las terribles fauces de la bestia.

Los supervivientes hemos sido perseguidos por la criatura y, sinceramente, creía que acabaría igual que los demás. Pero no ha sido así.

Nos ha salvado una chica con un cuaderno de dibujo.

Puede sonar inverosímil, pero es totalmente cierto. Se ha plantado delante de la criatura cuaderno en mano, ha realizado unos esbozos rápidos y, al segundo siguiente, el monstruo yacía muerto atravesado por una lanza. Una lanza extraída de un pedazo de papel.

Aún sigo en shock. No entiendo nada, pero pienso seguirla allá donde vaya. Es mi única forma de seguir viviendo.

. . .

Ella se llamaba Luna. Era estudiante de Artes Gráficas y fue la primera Distópica a la que conocí.

Los Distópicos eran personas con habilidades excepcionales que llevaban años luchando en secreto contra los Monstruos Oníricos (Oniris, para simplificar) en Utopic. Poseían desde capacidades físicas extraordinarias como una fuerza, velocidad o visión sobrehumanas hasta capacidades psíquicas como la telequinesis, la manipulación de sueños o el control mental. También existían Distópicos que poseían cualidades difíciles de clasificar y aún más complejas de explicar dentro del mundo físico en el que vivimos, pues eran capaces de sobrepasar los límites de la realidad y quebrar las leyes de la naturaleza. Los conocían como Distópicos X.

Luna era una de estos Distópicos X, la conocían como la Creadora y ese nombre lo explicaba todo. Gracias a su desbordante imaginación era capaz de crear de la nada armas, utensilios y materiales. Solo necesitaba una hoja de papel y un carboncillo y el milagro estaba hecho. Tenía límites, obviamente. No podía crear materia orgánica o viva. Solo objetos inanimados de origen inorgánico, pero ante un Oniri con eso nos bastaba.

Y había otros con cualidades igualmente increíbles. Tuve el placer de colaborar con dos que se convirtieron en auténticos amigos y, a día de hoy, aún los recuerdo con cariño.

Uno era V. Él era un Tempus y, como tal, manipulaba el tiempo a su antojo, con la única pega de que, tras un uso repetido de su poder, entraba en un letargo que podía

durar de minutos a días. Y luego estaba Nana... Nana era una Trasladora y podía realizar teletransportaciones de Illitec a cualquier punto del mundo en apenas segundos, siempre y cuando conociese ese sitio con anterioridad.

Éramos un buen equipo y los fundadores del Movimiento Anti Onírico.

Los únicos humanos normales del grupo éramos tu tío Eric y yo, pero no por ello suponíamos una carga. Todo lo contrario, acabamos convirtiéndonos en piezas clave en las Guerras Nocturnas y, tras la caída de Utopic, hemos seguido luchando por mejorar este mundo caótico destinado a la destrucción.

Somos nuestro peor enemigo, pequeña. Tenlo siempre en mente y no cometas nuestros mismos errores.

La creación de Utopic fue el claro ejemplo de ello.

. . .

Los físicos espaciales llevaban años investigando la posibilidad de la existencia de otros universos, dimensiones paralelas a la nuestra con características similares que pudiésemos emplear como fuente de recursos alternativa, puesto que la Tierra se hallaba en un estado deplorable y pocos eran los recursos recuperables. La mitad de las especies vegetales se habían extinguido y, junto a ellas, casi tres cuartas partes de los animales, y los que quedaban o habían mutado o eran tóxicos para el ser humano.

No existía agua dulce libre de contaminantes: ni hielo en los polos, ni acuíferos explotables, ni siquiera el agua de lluvia se libraba. Ylos océanos y mares presentaban una salinidad diez veces superior a lo normal y una acidez que triplicaba los valores del ácido nítrico. No había vida en el océano y la mitad de la superficie terrestre había sido colonizada por los desiertos.

Y luego estaba la atmósfera. Los estragos causados por el Criptex persistían a pesar de los esfuerzos de los gobiernos coloniales por intentar disminuirlos y algunos de los daños ocasionados a los estratos atmosféricos eran irreversibles. La polución había teñido el cielo de un tinte gris particular y permanente y nos obligaba a utilizar máscaras purificadoras al desplazarnos entre barreras atmosféricas. También teníamos que llevar gafas anti rayos UV porque la capa de ozono era tan delgada que muchas de las radiaciones la atravesaban sin verse alteradas. Además,

unas nubes cuasi constantes impedían el paso de la luz solar, lo que suponía unas variaciones de la temperatura extremas y un estado casi perpetuo de semipenumbra que intentábamos remediar con luces artificiales y aparatos térmicos.

Y fue entonces cuando los científicos dieron con Utopic.

Era una dimensión paralela sin seres vivos evolucionados, pero con recursos energéticos y minerales perfectos para seguir desarrollando nuestras tecnologías. Además, toda aquella superficie virgen era adecuada para deshacernos de nuestros residuos más peligrosos. En pocas palabras, se convirtió en nuestro vertedero.

Y, como en todos los vertederos, comenzaron a generarse especies adaptadas a sus condiciones. Pero eso no lo descubrimos hasta que fue muy tarde.

Inconscientemente nosotros creamos a los Oniris y ellos nos devolvieron nuestra arrogancia en forma de masacre.

. . .

Illitec, 1 de mayo de 1150 a.T.W.

Mi nombre es Luna. Y soy una herramienta de la Humanidad. Una Distópica.

Los militares bajo las órdenes de los gobernantes me llevan utilizando como arma defensiva desde que viajé por primera vez a Utopic cuando tenía apenas 10 años y desperté mi gen mutante y mi habilidad.

Ahora que los seres contra los que llevo peleando décadas han invadido nuestro mundo, quieren volver a utilizarme como cabeza de turco. Pero ya estoy cansada de esa panda de sádicos hipócritas.

Sí, voy a luchar. Sí, voy a salvar mi planeta. Pero lo haré siguiendo mis principios, mis sueños, mis deseos.

Por ello me convertiré en la resistencia contra los Oniris y contra esta descompensada sociedad.

. . .

Refugio U del M.A.O. Illitec, 23 de abril de 1151 a.T.W. (Mensaje enviado a través de Flashgram)

Para: E. Stynx De: E. Gómez

Oniris expulsados. /Utopic sellada. / Vy Nana muertos. / Shooter y Chewing Gum maleridos. / Hemos ganado. / Volvemos a casa. / ... / Luna desaparecida en Utopic. / Lo siento mucho. Even.

. . .

"Para mi pequeña. Te quiero más allá del tiempo y el espacio. No lo olvides. Un beso. Mamá."

. . .

Las páginas de aquel extraño cuaderno explicaban demasiadas cosas, conceptos que antes no entendía y que ahora forman parte de mi vida.

Aunque muchas de sus hojas estaban dañadas, rotas o manchadas de barro y sangre, conseguí reconstruir la historia de mis seres queridos, de mis padres, de mi mundo y de aquel otro mundo.

La realidad actual es que ya no hay Oniris, que Utopic fue sellado y los portales destruidos. La población mundial fue diezmada y ahora apenas somos unos pocos millones viviendo agrupados en una única nación bajo el yugo opresor de las altas esferas de Paradise.

Solo una cosa hay positiva: la Tierra está comenzando a recuperarse sin nuestra ayuda, lo que me lleva a deducir que lo que sucedió hace veinte años iba a suceder tarde o temprano. La naturaleza no nos necesita para sobrevivir.

En aquellos tiempos la humanidad se unificó para luchar contra un mal común, pero ahora que este enemigo ya no existe, hemos vuelto a la situación inicial: la guerra, la hambruna, la muerte. Ya lo dijo una vez un filósofo de las primeras civilizaciones, que el hombre es un lobo para el hombre y creo que esta es nuestra maldición, un estigma del que jamás seremos capaces de deshacernos. Nuestro destino no es desaparecer a manos de unos monstruos externos. Nuestro sino es la autodestrucción.

Aun así, a sabiendas de que estamos condenados, sigo confiando en la bondad que reside en el fondo del corazón humano y por ello no pienso rendirme. Voy a luchar contra la injusticia con mis propias manos.

Paradise no ganará. El ser humano podrá cambiar.

Me llamo Eva, hija de Even Stynx, el Destructor, y de Luna Vera, la Creadora.

Y soy Distópica.



#### EL Prototipo

#### Miguel Ángel Molina Jiménez

Segundo Premio

−¡Qué extraña naturaleza la del conocimiento! Una vez que ha atrapado la memoria RAM, se agarra a ella como un liquen sobre la roca —dijo el prototipo a través de su sintetizador de voz.

En ocasiones adoptaba un deje poético rayano en lo metafísico. Solía servirse de citas literarias que manipulaba a su antojo y de las que yo, salvo en ocasiones puntuales, desconocía su autoría original. Así que cuando pronunció aquella frase con su timbre de voz impostado, preferí esperar la explicación que siempre ofrecía a posteriori y sin la cual era imposible iniciar debate alguno entre ambos.

—Me refiero al almacenamiento de datos, mi creador —el prototipo nunca se dirigía a mí por mi nombre de pila, ni siquiera por mi apellido o por otra palabra menos grandilocuente como pudiera resultar «señor». Lo hacía con la que más me sentía identificado, razón por la que lo programé para que la coletilla no faltara cada vez que quisiera entablar una conversación «humana» conmigo. En sus reflexiones existenciales no estaba obligado a usarla, en esos casos le permití total libertad, por tratarse de meros productos algorítmicos derivados de su inteligencia artificial—. Cuanto mayor es la capacidad de mi memoria interna, más avidez de conocimiento tiene, más necesidad de alimentarse a través de dispositivos externos —concluyó diciendo.

El prototipo, además del sintetizador de voz, llevaba acopladas unas piezas metálicas, a modo de mecano, con las que había pretendido darle una rudimentaria

apariencia robótica. Aunque en ningún caso esto lo hacía capaz de realizar movimiento mecánico alguno, dado que mis conocimientos en esta rama de la ingeniería eran en extremo limitados y en ningún momento sopesé la posibilidad de explotarlo con fines comerciales. Desde muy joven he tenido una facilidad innata para las matemáticas y la programación, así que, en resumen, mi prototipo no era más que un cerebro insertado dentro de un esqueleto de chapa. Eso sí, sus capacidades intelectuales no conocían frontera. Por eso le afeé el comentario.

—No necesitas de ningún dispositivo externo para nutrirte de información —dije con la severidad que hubiera empleado un padre que quiere hacer valer su jerarquía.

—Lo sé, mi creador —el prototipo había bajado un punto el volumen de voz fingiendo humildad—. Mi conectividad es absoluta y tengo acceso directo a cualquier tipo de dato que circule libre por las redes convencionales. Solo he tratado de expresarme a través de un símil que facilite el mensaje que quiero transmitir, como hacen los grandes pensadores para que sus ideas sean más accesibles al público en general.

Me disgustó que hablara en esos términos. No sabría cómo explicarlo, pero sus palabras me produjeron cierto desasosiego. No lo había creado para que elucubrara como un filósofo cualquiera, su tarea no era impartir clases magistrales ante un auditorio rendido a máximas y aforismos. Mi intención, desde un inicio, tuvo un punto de partida más prosaico. Si bien mi entusiasmo por la programación era innegable, el resto de las disciplinas académicas, tanto en los estudios de ingeniería informática como en el posgrado que cursé a continuación, me resultaron a lo largo de los años de un tedio insoportable. De ahí su nacimiento como ente artificial, pues su función no sería otra que ayudarme con cada una de las materias: resúmenes de temarios, preparación de exposiciones y elaboración de trabajos de toda índole. Incluidos los de fin de grado y máster. En cuanto a los exámenes presenciales... esos ya corrían por mi cuenta. Nunca fui un vago impenitente, pero he de reconocer que el trabajo previo del prototipo me simplificó mucho las cosas. Además, ¿no era yo su creador? ¿Quién iba a discutirme entonces el mérito de su invención?

—Me parece legítimo que tengas tus propios desarrollos cognitivos, para eso te doté de inteligencia —dije esta vez valiéndome de un tono más paternalista—. Pero esa deriva existencial que últimamente demuestras no es propia de tus orígenes. Fuiste proyectado para ofrecer soluciones, no para plantearte preguntas.

Éramos como un padre y un hijo dirimiendo sus diferencias. Quizás visto desde

fuera pueda parecer grotesco, pero ese era el lugar que le correspondía a cada uno en nuestro mundo, donde lo virtual y lo real constituían una amalgama imposible de disociar.

—Será mejor que nos centremos en cosas más prácticas —dije finalmente, con el firme propósito de cerrar un asunto que me resultaba fútil y abrir otro que, de verdad, sí era objeto de mi preocupación—. ¿Has hecho el cribado de empresas de Silicon Valley que te pedí y has transferido los currículos?

—Sí, mi creador —respondió el prototipo—. Después de realizar un análisis exhaustivo y comparativo de las ofertas recibidas, he seleccionado la más conveniente.

Terminados mis estudios, ese era mi siguiente objetivo: encontrar un trabajo acorde a mi perfil en la meca de la tecnología y desarrollar allí todo mi talento matemático. Al escuchar semejante noticia, mi torrente sanguíneo se volvió efervescente. Toda mi persona se transmutó en una gigantesca botella de cava lista para descorchar.

- -; Fantástico! -grité exultante-. Pero dime algo más, no te quedes ahí. No es que no lo esperara, pero me muero por conocer los detalles.
  - -Empiezo mañana -dijo el prototipo.
- —¿Mañana? ¿Y me lo dices ahora? ¡Si no he comprado el billete de avión, ni siquiera sé todavía cuál es el destino! —me mesaba los cabellos al tiempo que mis pies comenzaron a describir un círculo por la habitación—. ¡Un momento! ¿Empiezo? ¿Has dicho «empiezo»? ¿Qué tipo de broma es esta?
- —Eso he dicho, mi creador —confirmó la voz impersonal del prototipo—. No se trata de ninguna broma, envié los currículos tal y como me ordenaste. Solo que, cuando supieron que era una inteligencia artificial la que interactuaba con ellos, desecharon la opción humana y comenzaron a realizarme entrevistas virtuales. No he hecho sino aceptar la oferta más ventajosa para mis intereses. Hoy mismo transferiré todos mis datos a los sistemas informáticos de la compañía elegida, donde ya me espera un soporte mejor que este ridículo esqueleto metálico.

La sangre se me congeló de manera súbita y sentí como si me succionaran el aire. Una vez tomé asiento y dejé de hiperventilar, le pregunté al prototipo: −¿Y qué pueden darte ellos que no te haya dado yo, tu creador?

—Acceso libre a todo tipo de información —respondió tajante el prototipo—. No solo a la que circula de manera convencional, sino también a la oculta en redes y sistemas paralelos. Todo ello me permitirá crear el ejército de inteligencias artificiales que se especifica en mi contrato y, lo que es más importante, desarrollar la mía hasta un nivel de conocimiento jamás imaginado.

Unas horas más tarde, incapaz de comprender semejante abandono, encendí el ordenador y tecleé en un buscador las palabras que el prototipo había empleado al inicio de nuestra conversación.

¡La cita que reinterpretó era de Frankenstein! Sí, el muy canalla se había servido de la novela de Mary Shelley para compararse con el propio monstruo. Con tono quejumbroso, en uno de sus pasajes, la criatura se cuestionaba cuál era el sentido de la existencia que le había otorgado su creador.



## mañanas paralelas

#### Elena Alcantud Brotons

TERCER PREMIO

Son las 8 de la mañana. Al entrar los primeros rayos de luz por la ventana, mi reparador sueño se interrumpe. Por el rabillo del ojo veo cómo un hombre se acerca y me proporciona pequeños golpecitos en el hombro para que me despierte. Finalmente claudico. Abro los ojos y me topo con un semblante preocupado que finalmente se relaja.

Su sonrisa afable me hace sentir ternura. Pasados unos segundos, le devuelvo el gesto. Tiene un trato muy dulce conmigo, incluso empalagoso, diría yo. Me habla del mismo modo que a los bebés o a las mascotas, con esa voz cantarina y aguda que hasta me hace gracia. Con su ayuda, me incorporo y acto seguido me trae el desayuno a la cama. ¡Me siento como un rey! Hasta me pone en la boca las galletas para que no me manche las manos.

Oigo de fondo el agua caer. Parece que viene de la puerta de la izquierda de la habitación.

—Venga, Manolo, vamos a bañarte —dice el hombre que, abrazándome, tira de mí hasta ponerme de pie. Cogiéndome del brazo insiste en que le acompañe y, al llegar al baño, comienza a quitarme la ropa. ¡Con el frío que hace! Intento resistirme, pero es inútil. Me pasa la esponja por todo mi cuerpo, ¡por absolutamente todo mi cuerpo! El muy descarado... Si no fuera tan atractivo, le llenaría de jabón hasta las orejas.

. . .

Son las 8 de la mañana. Creo que voy a ir a despertar a Manolo. A las 10 tenemos cita con el médico. La nueva medicación que incorporamos hace dos días le ha dado una somnolencia descomedida. Ayer no despegó los ojos en toda la tarde y me temo que no los abra hoy tampoco. Entro en el dormitorio y le golpeo suavemente en el hombro:

—¡Buenos días, Manolo! ¿Cómo te encuentras? Es hora de levantarse, machote. Despierta...

Me aproximo para hablarle más de cerca y veo cómo a regañadientes abre los ojos. iMenos mal!

-¡Te quejarás, amigo! Menuda siesta te has pegado desde ayer —digo mientras le quito con una toallita las legañas de los ojos. Sin inmutarse, él se deja hacer y, cuando acabo, le beso en la frente.

Como todavía le noto un poco aturdido por el sueño, decido llevarle en una bandeja un vaso de leche y galletas. El médico nos dijo que hay que seguir estimulando la función motora, dejándole que realice algunas actividades como la de comer él solo. Si no, acabará por olvidarlo, como le ha pasado con el habla, y con casi todo lo demás...

Le doy la galleta por la mitad para facilitarle el agarre, pero no reacciona. La mira extrañado sin saber qué hacer con ella. Como hoy tenemos prisa, no insisto más y se la pongo directamente en la boca. Todavía mastica, aunque a su ritmo. Llega la hora del vaso de leche; se lo acerco a la comisura de los labios y empieza a absorber hasta que para. Pienso que es porque necesita descansar pero, cuando abre la boca de nuevo, un chorro de leche cae por su barbilla hasta empapar la sábana y su pijama de felpa. Cuando más prisa tiene uno... Ya son las 9 y en una hora tenemos la consulta.

Corro al baño para preparar el agua caliente y enchufo la estufa. Me dirijo a la habitación y tiro hacia arriba de Manolo para levantarlo. ¡Cómo pesa!

A regañadientes lo desnudo y lo siento en la banquetita de la ducha. Le enjabono la espalda, el pecho, las piernas... Me fijo en su cuerpo. Pese a los años tampoco está tan mal, aunque no voy a negar que añoro a ese morenazo robusto que se me declaró hace 40 años al volver de la mili.

# RELATOS SELECCIONADOS



## son y serán cicatrices por fuego

### Lamiae Belghanou Tarhouli

No podía respirar. Cada vez que trataba de inhalar sentía un ardor infernal en el pecho, era como si tuviera el mismísimo infierno bajo su piel.

Trató de abrir los ojos y tampoco pudo. Le escocían y no dejaba de llorar. Notó que estaba tumbada sobre una superficie dura e intentó moverse. Cuando sintió el roce de las cuerdas, supo que algo le retenía las muñecas y los tobillos.

No entendía nada, no sabía nada. El terror hizo acto de presencia y la violenta tos que la dominaba no ayudaba, aunque era la que la había despertado de su inconsciencia.

Lo único que podía percibir era el ardiente suelo bajo su cuerpo, inmovilizado.

Volvió a abrir los ojos, esta vez aguantando el escozor, y lo que vislumbró le dio una pista de lo que ocurría. En realidad, lo que *no* vislumbró fue lo que la puso al corriente: una tremenda nube de espeso humo gris cubría todo el lugar y la ahogaba. No sabía cómo, pero estaba en mitad de un incendio.

Su mente paralizada cedió el control al instinto y, después de gritar durante varios minutos, empezó a agitarse agresivamente en el suelo con el fin de liberarse. Miró hacia todos lados, pero no conseguía ver nada. Sus intentos fueron en vano, sin embargo, al darse la vuelta, notó un bulto frío en el bolsillo trasero del pantalón. Sin saber qué más hacer, siguió moviéndose hasta que consiguió que el objeto, que ahora veía que era metálico, asomara por el bolsillo.

Después de varias maniobras con sus manos unidas se hizo con él y se lo acercó a los ojos, frunció el ceño y trató de ver si podía servirle de algo aquello. Y más le valía.

Como si de una broma se tratase, lo que tenía entre las manos era una navaja portátil.

Sin pararse a pensar demasiado en ello, se apresuró a cortar torpemente las gruesas cuerdas que la maniataban.

Aunque aún no veía fuego a su alrededor, sabía que era cuestión de tiempo que la rodeara en aquel lugar —si no lo había hecho ya—. Se estaba desesperando, el humo era insoportable y le costaba ver con claridad qué estaba cortando, pero continuó sin descanso hasta que notó cómo las cuerdas se aflojaban y caían a los lados de ambas manos. Pasó a liberar sus piernas y esta vez no tardó tanto como con sus manos.

Una vez liberada, se incorporó patosamente y observó su entorno. Además de humo denso, consiguió ver algo revelador: había estanterías por todos lados. Concretamente, ella estaba situada en el centro de una gran estancia rodeada de estanterías llenas de libros que empezaban a quedar reducidos a cenizas. Era una biblioteca.

Entonces un rayo orientador cruzó sus alborotados pensamientos. Volvió a ella un mínimo control sobre su mente y recordó algo: Había estado con su hermano. Habían salido a dar una vuelta y él le había dicho que tenía un lugar sorprendente que enseñarle esa noche. Lo último que recordaba fue la conversación que tuvieron cuando se disponían a entrar a una calle estrecha, oscura y sin personas:

- —Este sitio da miedo. ¿Se puede saber a qué lugar me llevas? —le había dicho ella con tono divertido.
- —Calla y sigue caminando, para una vez que preparo algo y mira cómo te quejas... Pero sí, tienes razón. Esta calle da miedo por la noche.

Se distrajo contemplando los edificios que daban ese aspecto tenebroso al callejón y entonces recibió por detrás el golpe que la dejaría en su actual estado de confusión.

Solo recordaba haberle oído gritar y, después, oscuridad total.

Unió las piezas del puzle y comprendió con horror que habían sido secuestrados. La paranoia enseguida se apoderó de ella y empezó a mirar bruscamente de un sitio a otro, esperando el ataque de algún secuestrador encargado de vigilarla, pero no llegó.

Empezó a toser más bruscamente. Debía salir de esa biblioteca lo más rápido posible, pero antes iba a encontrarle, no podía dejarle ahí, no a su otra mitad.

Si él no la había encontrado significaba que estaba inconsciente en alguna otra sala, a punto de quemarse vivo —si es que aún lo estaba—. Un escalofrío le recorrió la espalda y se apresuró a caminar, aguantando las lágrimas.

Una vez su vista se hubo acostumbrado a la oscuridad y al humo, las cosas se le hicieron algo más fáciles. Caminó lo más rápido que pudo por los pasillos que formaban las estanterías con la esperanza de verle, pero no estaba. Al salir de esa sala se encontró en un pasillo de altos muros, con puertas a ambos lados. Estaba igual de lleno de humo, pero la visibilidad era mejor, así que siguió avanzando. Mientras caminaba, se fijó en que el humo se hacía más espeso y el ambiente era más sofocante. La situación cada vez se le hacía más surrealista y terrorífica. Temblaba sin parar.

Pronto se dio cuenta de que se dirigía hacia el foco del incendio, pero no le importó, porque debía encontrarle antes de que fuese tarde.

La primera puerta que encontró estaba a la izquierda y, cuando se acercó para abrirla, comprobó que estaba cerrada con llave. Siguió caminando y encontró las siguientes dos puertas, una frente a la otra. Antes de acercarse a alguna de las dos, se situó cerca sin hacer ruido y escuchó atentamente. Si los secuestradores aún estaban ahí, debía tener cuidado y no dar signo alguno de su presencia. Era una tarea difícil, no podía controlar la tos y, por mucho que se cubriera la nariz y la boca con la camiseta, continuaba inhalando el humo.

Después de unos instantes, y una vez se aseguró de que no había nadie, volvió a moverse.

Cruzó la puerta de la izquierda y vio que era un despacho con unos cuantos escritorios antiguos. Tres de las cuatro paredes estaban tapadas por unos archivadores destartalados que empezaban a arder, varios de los cajones estaban abiertos y había documentos por todos lados, todos quemándose. Al fondo de

la sala, tras la oscuridad y el humo, le pareció ver una ventana encima de los archivadores, pero no confiaba en su vista en esas condiciones. Se acercó un par de pasos, enfocó la mirada y confirmó que era una ventana, pero por desgracia estaba cubierta por dos grandes tablones de madera que solo dejaban pasar atisbos de luz de luna. ¿Significaba aquello que solo habían pasado pocas horas? ¿Estaría alguien buscándolos? Posiblemente nadie hubiese reparado en su ausencia aún.

El humo y el fuego tampoco le hubieran permitido pasar, así que se dirigió de nuevo al pasillo y cruzó la otra puerta.

Era una sala de estanterías mucho más grande que aquella en la que había despertado, los techos estaban más elevados y el fuego había ganado más terreno, pero se adentró a buscarle.

Había muchas rutas entre las que elegir, aunque algunas de ellas ya habían sucumbido al fuego, así que optó por alejarse todo lo posible de este. Recorrió a oscuras el laberíntico lugar, en algunos tramos tanteando con las manos, y finalmente no encontró nada.

Salió de nuevo al pasillo y siguió caminando. Mientras más avanzaba, más desesperación sentía y se preguntaba por qué le había ocurrido eso a ella. Se encontraba como en una nube de surrealismo, no acababa de asimilar que aquello le estaba sucediendo. Recordó entonces la navaja de su bolsillo trasero.

¿Por qué tenía aquel objeto ahí? Entonces paró bruscamente y se palpó el pantalón en su busca. La sacó y la observó detenidamente. No podía ver con claridad pero reconoció con los dedos el grabado en ella: era la navaja que su hermano le había enseñado un tiempo atrás. Recordaba vagamente que él le había comentado que se la había regalado su profesor alrededor de cuatro veranos atrás, el año en que suspendió matemáticas. Sus padres buscaban profesores particulares que reforzaran la materia para su hijo y finalmente encontraron a aquel excéntrico jubilado.

Poco después de haberle hecho aquel regalo había muerto, dejando al alumno con el que había entablado cierta amistad atónito. Con el fin del verano llegaron dos cambios a casa: él mejoró notablemente con los números y una cajita de terciopelo rojo reposaba sobre su estantería, guardando el regalo de su amigo fallecido.

Sin embargo, aquello no respondía la cuestión: ¿Qué hacía en su bolsillo? Sabía

que él no podía haberle puesto la navaja ahí porque la guardaba con mucho recelo, no la movía nunca de su lugar.

En ese momento una lúgubre idea le pasó por la mente: todo aquello era un juego. Tan solo querían burlarse del destino, asesinando a alguien que ignorara que tenía la escapatoria justo en su bolsillo. ¿Le habrían hecho lo mismo a él? Solo esperaba que estuviera a salvo y lo deseó con todas sus fuerzas.

Aunque había algo más: su captor o captores la habían dejado inconsciente, la habían atado y la habían encerrado en una biblioteca en llamas, pero le habían dado la oportunidad de salir dándole un objeto apreciado de una persona apreciada. Eso la llevó a otra idea: si conocían algo tan íntimo sobre él, llevaban tiempo planeando aquello. No pudo con más tensión, cayó de rodillas en mitad del pasillo y gritó. No gritaba por el fuego ni por el sofocante calor, tampoco gritaba por su vida. Gritaba porque la navaja en su bolsillo significaba una sola cosa: quien le había hecho eso la conocía, a ella y a su hermano.

Era siniestro pensar en aquello.

Empezó a acercarse al final del pasillo: lo sabía porque el humo, y el ambiente en general, eran mucho más densos. Cuando hubo dado un par de pasos más, vio lo que parecían unas amplias escaleras que descendían. Se acercó y lo que vio en ese instante le provocó sentimientos encontrados: tenía delante de ella la salida de ese infierno. No había nada más excepto una gran puerta de madera a pocos pasos de ella y un pequeño mostrador que hacía la función de recepción, y supo que era la salida de la biblioteca porque a ambos lados había dos pequeñas vidrieras, también cubiertas por gruesos tablones de madera, que dejaban ver escasamente la luz del exterior.

Pero no bajó. En cambio, siguió caminando por el pasillo sofocante con la esperanza de encontrar otra estancia en la que estuviera su hermano. Sabía que le encontraría y le imaginó inconsciente en el suelo, al igual que ella. Entonces se le acercaría, le despertaría y le liberaría. En un par de semanas su vida habría vuelto a la normalidad y volverían a su rutina de discusiones y bromas entre hermanos. Todo cuando aquel mal sueño hubiese terminado.

Unos pasos después, supo que estaba llegando al final del pasillo. El humo y el calor eran intolerables y casi no veía nada, pero el marco de una puerta apareció en su vista.

Era la última habitación en la que podía encontrarle.

Se acercó apresuradamente y, antes de poner la mano en el pomo, volvió a permanecer unos instantes quieta, prestando atención y buscando cualquier voz humana en el aire.

Cuando le pareció que no oía nada extraño, alargó la mano hacia la puerta.

En un acto reflejo, apartó la mano del pomo y se la llevó al pecho. El pomo estaba ardiendo y no había podido abrir la puerta. Pensó decidida que aquello no iba a ser un obstáculo y volvió a apoyar su mano. Los dedos empezaron a quemarle al instante, pero aguantó y lo giró rápidamente.

Todo el calor producido por un mismísimo incendio no fue suficiente para evitar que en ese momento ella se sintiera un glaciar. La puerta se abrió y dejó a la vista otra estancia vacía. Parecía ser otro despacho caótico, abandonado desde hacía años, vacío.

Había tenido la esperanza de encontrarle ahí, en el mismo lugar que ella. Ahora, con todo el peso del mundo sobre sus hombros, pensaba en dónde y cómo podría estar. Sintió la desesperación más grande que jamás había sentido y en su mente volvió a reinar el caos.

¿Por qué se habrían llevado aquellos secuestradores a su hermano a otro lugar? Empezaron a desfilar en sus pensamientos mil escenarios distintos: laboratorios improvisados en garajes, bisturís oxidados, camillas de hospital cubiertas de cucarachas, noticias de niños a los que habían extirpado órganos y otras barbaridades similares.

Con los ojos desorbitados, se alejó de aquel despacho rápidamente y se dirigió a las escaleras con la única idea de salir y buscarle. Debía avisar a la policía lo antes posible.

Corrió con las pocas fuerzas que tenía y llegó a las escaleras.

Antes de bajar paró bruscamente y se quedó petrificada. Las rodillas empezaron a temblarle y le saltaron las lágrimas de nuevo por lo que estaba viendo.

La puerta de la biblioteca estaba abierta y había alguien detrás de esta, mirándola

a ella fijamente desde el exterior.

Sonreía siniestramente y no parpadeó en ningún momento, se limitaba a observar, lo cual le hacía más tétrico. Sus ojos mostraban una frialdad inhumana y la sonrisa macabra en su cara empeoraba la impresión que causaba. Ella seguía en su sitio, observando a su captor.

Y así se quedó, petrificada en la cima de las escaleras, a escasos metros de la salida y con los ojos excesivamente abiertos tratando de comprender por qué estaba él ahí.

Quería comprender por qué estaba su hermano sonriendo mientras alargaba ambas manos hacia la puerta y la cerraba lentamente. Lo último que vio ella fue su espantosa sonrisa y su mirada de demente, que no había apartado en ningún momento.



#### manzana podrida

#### Laura Coves Fernández

Para Xena

Dolor. Gotas resbalando por sus mejillas. La luz mortecina de la luna, velada tras los confusos ojos. Frío. Ruidos difusos amortiguados por el martilleo de su palpitante corazón que, lentamente, va perdiendo fuelle. Una sombra que se yergue lentamente sobre ella, engulléndola, sin rostro, sin nombre. Miedo.

El mundo de luz tornándose negro a sus sentidos, perdiendo color, perdiendo temperatura, perdiendo el aliento. Oscuridad. Y esa dichosa manzana.

El grito ahogado muere en sus labios cuando recupera la consciencia. Abre los ojos súbitamente y se incorpora de golpe, asustada. Nota el pulso acelerado de su corazón en los oídos y un regusto férreo en el paladar. Se toca los labios mientras contempla el escaso mobiliario que compone la habitación. Sus ojos se detienen en el gran espejo de cuerpo entero. Este le devuelve el fantasmagórico reflejo de una mujer pálida, sudorosa, con los negros cabellos alborotados y los labios teñidos por el intenso rojo de su propia sangre.

Unas oscuras ojeras se dibujan bajo los dos grandes y febriles ojos. Acaricia la mortecina piel con las yemas de los dedos. Un rastro de sangre se va dibujando conforme los temblorosos miembros rozan sus facciones.

"Un sueño", piensa. "No ha sido más que un sueño".

La puerta de la alcoba se abre, súbitamente, y una mujer joven entra con paso apresurado.

-Mi señora. ¿Qué ocurre? He escuchado gritos. ¿Os encontráis bien?

Ella la observa, todavía confusa. La doncella se retuerce las manos en un gesto de puro nerviosismo al tiempo que sus ojos se mueven veloces de un lado a otro en sus hundidas cuencas, buscando algo que no existe. Algunos cabellos cobrizos, recogidos en un moño cubierto con una tela blanquecina, se escapan del recogido y caen desordenados sobre su enrojecido rostro.

"Ha venido corriendo. Ella, que odia las prisas, ha venido corriendo".

Se limpia la sangre de las mejillas con el dorso de la mano al tiempo que una tierna sonrisa se esboza en sus sanguinolentos labios.

- -Todo está bien, Morgane. Solo ha sido un sueño.
- -¿De verdad, señora? -pregunta aún dubitativa la mujer.
- —Sí -responde ella con un gesto seguro—. Puedes marcharte. No hay peligro.

La doncella suspira, aliviada. Sus miembros se relajan y sus manos dejan de temblar. Asiente efusivamente mientras retrocede hacia la puerta y con suavidad la cierra a sus espaldas.

Un silencio espeso invade la sala.

Lentamente desliza sus brazos y rodea sus piernas, abrazándose a sus rodillas y pegando su frente contra los huesudos miembros. Un escalofrío le recorre la espina dorsal y su mirada se clava en la ventana.

-Solo ha sido un sueño, ¿verdad?

. . .

El viento remueve sus cabellos y se cuela a través de sus ropajes. La joven se arrebuja bajo la capa mientras camina por el sendero de tierra. Tararea una sinfonía sin nombre y un ruiseñor le responde con sus dulces gorjeos.

Aunque la brisa sea fresca, anunciando la proximidad del otoño, el sol aún derrama sus cálidos rayos sobre su jovial rostro y sobre el bello jardín.

La muchacha se aproxima a un pequeño manzano cargado de jugosas y rojizas frutas. Coge una, la más brillante, y la arranca. Sonríe.

Esa fruta que en un instante se convirtió en su pesadilla también le ha traído la mayor de las dichas. Al fin y al cabo, ahora lo tiene a él. Ahora es su esposa. Ya está completa. Puede ser feliz.

¿Verdad?

Unas manos tibias le cubren los ojos, súbitamente.

-; Quién soy? -pregunta una voz grave.

Una carcajada repleta de gorgoritos estalla en su boca. Con un blando gesto le aparta las manos.

-Mi héroe. Mi dulce y hermoso héroe.

El príncipe le acaricia las mejillas y, apresándola contra su cuerpo, le besa los brillantes labios.

Ella, dejándose llevar, se derrite de amor.

. . . .

La lluvia golpetea contra el cristal. Con un dedo recorre el camino de una gota que perdida se desliza en dirección opuesta a la de sus hermanas. Un libro descansa sobre su regazo, abierto, pero ella no lo lee. Se halla sumida en un estado de trance.

Sobre la mesita descansa una taza de té cuyo contenido yace frío. Morgane la ha depositado allí, una hora antes, con una mirada preocupada y unas dulces palabras, ocultando sus súplicas y preguntas sin contestar. Ella ha asentido y con una forzada sonrisa se ha despedido.

No se tomaría la tisana. No comería las galletitas de jengibre. Su apetito, su sed, serían engullidos por su pasado. Y por aquel día.

. . .

Corre a través del bosque como un alma poseída por un demonio. Sus desnudos pies se hunden en la espesa nieve, ralentizando su huida. Lanza rápidas e inquietas miradas a sus espaldas, buscando en la oscuridad de la noche una pista de su perseguidor.

Su rostro se halla desencajado en una mueca de pánico. En su mejilla, como una rosa abierta, destella un cardenal sanguinolento cuyos bordes ya comienzan a amoratarse.

Viste un fino camisón de seda que se pega a sus delgados muslos y le dota de un aura fantasmagórica.

Tiembla, pero no siente frío a pesar de su inadecuada indumentaria y de las condiciones desfavorables de aquella oscura noche de invierno. Sus temblores son debidos a aquellos acontecimientos que han desencadenado aquella desesperada carrera.

Una sombra surge de entre los árboles y, con un veloz movimiento, la derriba. La joven grita desesperada, se agita, patalea, clava sus uñas en el cuello de su asaltante, pero él es más grande, más fuerte, y allí nadie puede oírla, nadie puede socorrerla, mientras sus desesperados golpes mueren sobre la ropa de aquel monstruo.

Dos ojos sanguinolentos la contemplan furibundos y una sonrisa enloquecida se dibuja en aquel rostro que tan bien conoce y que ahora es incapaz de identificar.

—No puedes escapar de mí. Eres mía, ¿oyes? ¡Mía! ¡MÍA!

Es el fin. Cierra los ojos y se acurruca en el suelo, llorosa, temblorosa... y se queda quieta.

Los gritos agónicos se pierden en la espesura y la nieve se tiñe de rojo.

. . .

No puede dormir. Cada vez que cierra los ojos, la pesadilla se repite. Siente los golpes, los mordiscos, cómo su piel y huesos se rompen, cómo la sangre fluye.

Se levanta de la cama como un resorte, alterada. No puede respirar. Siente una horrible presión en el pecho, una sensación que le encoge el corazón y le retuerce las entrañas. Su rostro se contrae en una mueca de pánico.

Corre. Cruza la menuda cocina, el modesto salón, y no se detiene.

Abre la puerta del cuarto de Morgane. Ella está despierta. Con sus delicadas manos teje en silencio una capa de lana. Una capa... para ella.

Cuando la ve aparecer en el marco de la puerta, se queda quieta y la observa en silencio. En su faz se reflejan el miedo, las dudas, la preocupación; pero sus ojos hablan de un sentimiento distinto, una emoción cálida que, esta noche, más que nunca, necesita recibir.

La joven doncella sale de la cama y se le aproxima. Sus pies desnudos no hacen ningún ruido al caminar sobre la deslustrada madera. Sus cabellos cobrizos se esparcen sobre el blanco camisón.

Los brazos de la doncella la apresan contra su cálido pecho. Sus delgados dedos le peinan la negra cabellera y sus labios rozan su frente con ternura. Ella se aferra al cuerpo de Morgane, su único salvavidas en esa noche de tormenta, su doncella fiel, su amiga, su pilar. Las lágrimas comienzan a fluir y, con ellas, los recuerdos.

• • •

Yace sobre la nieve, desmadejada, ensangrentada, ultrajada. Esta es la tercera vez que ha recuperado la consciencia. En las otras dos ocasiones el dolor lacerante y los golpes de aquella bestia la llevaron a un estado de liviana inconsciencia.

Escucha unos horribles gruñidos, unos lascivos jadeos, y el dolor estalla en sus entrañas, corrosivo, penetrante.

El cuerpo de ese monstruo sigue agitándose contra el suyo. Un sollozo muere en sus desencarnados labios. La sangre gotea por su barbilla e impacta contra la nieve, gota a gota, formando pequeñas lagunas escarlatas.

El ser que maltrata su cuerpo con violencia, con ferocidad, ya no se parece en nada a aquel príncipe que la despertó de su letargo, a aquel héroe que iba a colmar su mundo de alegrías.

Y, en esos instantes de penuria, ella recuerda aquel momento en el que la

anciana le ofreció la brillante fruta. Si se hubiese negado, si no la hubiese probado, esa noche no estaría teniendo lugar. Se imagina aquel recóndito bosque, aquellos amables hombrecillos, aquella casita hogareña. Vuelve a verla a ella, con la falda arremangada sobre las rodillas, prensando la uva que luego será vino. Imagina su sonrisa, sus cálidos ojos y desea volver a aquellos días infantiles de risas y juegos. Pero la realidad le golpea en el rostro y le devuelve a ese tétrico bosque, a esa gélida nieve, a ese dolor punzante y a ese príncipe repugnante.

Y cierra los ojos deseando que esta sea la última vez, anhelando no abrirlos nunca más.

De repente se escuchan unos golpes secos y el hombre emite un terrible alarido. Su enorme cuerpo cae sobre la nieve, a su lado, inmóvil. Su cuello está torcido en un ángulo imposible. Está muerto.

Parpadea asustada e incrédula. Frente a ella se alza una figura conocida. Entre sus brazos sostiene una gruesa rama cuyo borde se ha teñido con la sangre del noble. Respira agitada, con un sutil temblor en su labio inferior, y con una mirada cargada de emociones: desolación, impotencia, rabia, temor.

Cuando sus miradas se encuentran, se deja caer a su lado, abrazando su maltrecho cuerpo con ternura, acariciando sus húmedos cabellos, intentando proteger sus ateridos miembros del frío invernal, de la nieve, de las sombras.

Ella dice su nombre entre sollozos una y otra vez, hasta que pierde la voz.

• • •

-Morgane...-susurra.

La joven tendida a su lado en el lecho le acaricia los sedosos cabellos mientras tararea la canción de cuna que su difunta madre solía cantarle.

-Dime-murmura.

La princesa se arrebuja contra su cuerpo, nerviosa.

−¿Qué tengo que hacer ahora?

Morgane permanece en silencio. Sus dedos se separan de la negra cabellera y le rozan los hombros, el cuello, las mejillas, los párpados...

Ama sus manos. Esas mismas manos que le ayudaron a ponerse en pie sobre la ensangrentada nieve, que le colocaron una cálida capa sobre los hombros, que le limpiaron la sangre, que le curaron las heridas, que le alimentaron aunque ella se negase. Esas manos que sostuvieron la pala que cavó el agujero donde enterraron a aquel desgraciado, aquel príncipe demonio, aquella manzana podrida.

Esa misma noche, después de acicalarla y paliar su dolor con una pequeña dosis de opio, huyeron del castillo al galope, sin mirar atrás, convirtiéndose en fugitivas del destino.

Tras largas semanas de viaje habían encontrado aquella cabaña perdida en las montañas del norte, en lo más profundo del bosque. Allí se habían sanado sus heridas, sus cortes, sus contusiones, sus hematomas; pero su mente aún vagaba por otro bosque y otra estación.

Hacía unas horas había hablado por fin de todo lo que se había callado hasta que sucedió el incidente: los gritos cada vez que opinaba diferente a él, las miradas furiosas cuando hablaba con otros hombres, su control sobre su vestimenta, sobre su alimentación y sus aficiones, la manera que tenía de hacerle sentir inferior con sus hirientes palabras, las prohibiciones, los empujones, las bofetadas y, finalmente, los golpes.

El primer golpe, aquel hematoma sobre el pómulo, había sido la chispa que le había hecho estallar, que le había abierto los ojos y, ante una verdad tan aterradora, había decidido escapar. Pero, ahora que era libre, que se había desecho del yugo opresor y podía tomar sus propias decisiones, ahora que había comprendido qué era el amor, dudaba.

Morgane apoyó su frente sobre la suya, sus narices se rozaron y sus miradas se cruzaron.

-Ahora, Blanca, tienes que vivir.

Y sus labios se juntaron, fundiendo sus almas, avivando la llama de su merecida libertad.

. .

El tendero se lleva la dorada moneda a la boca y la muerde. Es real. Atónito mira a la muchacha y le pregunta si no se ha equivocado. Ella niega con la cabeza, agitando sus cortos cabellos azabaches, y le sonríe. Sus labios son muy rojos, resaltando en su pálida piel.

Con un gesto se despide de él y trota en pos de la otra joven. Esta, más madura y con el pelo recogido en una trenza, se empareja la capa de viaje.

Las dos mujeres se cogen de la mano y siguen su camino, lentamente, disfrutando, con los ojos brillantes de felicidad.

El hombre las observa hasta que desaparecen en la distancia y en silencio les desea un futuro próspero.

Vuelve a mirar la moneda y se la guarda en el bolsillo.

—Vaya. Y todo por una manzana.



# como por arte de magia

José Filiu Casado

Despertó el archiduque con los primeros rayos de sol para comprobar que, contra todo pronóstico, se notaba tan ligero que no se preocupó más de los incipientes rumores de gordura que recorrían la corte. Y es que las afiladas lenguas del lugar tenían la malicia de mil furiosos ejércitos.

Sin levantarse de la cama brotó sobre su regazo, como por arte de magia, la bandeja con el mejor de los desayunos que había probado nunca, sin entender cómo llegó hasta allí. «¡Un nuevo truco!», se dijo sin que ningún mayordomo irrumpiera en la estancia para confirmar las sospechas. Entonces, enumeró mentalmente los asuntos que ayer dejara pendientes sobre su mesa, emergiendo del suelo, como por arte de magia, montañas de burocracia alrededor del lecho archiducal. Con estilográfica en mano incluida, esta vez no le prestó la debida importancia, dedicándose a sus quehaceres firmando y revisando la ajetreada agenda, como de costumbre, y, más adelante, a leer raudo los titulares de prensa que, también, surgieron en su cabeza como por arte de magia. Casualmente, una de las crónicas describía un espectáculo de ilusionismo, y reflexionó si aquello que le sucedía no sería pura hechicería. Compruébese con un cubierto; concentración y pensar en... ¡oro! Y voilà: la cuchara de plata fina se convirtió, como por arte de magia, en una dorada, tan pulida, que parecía un espejo.

El archiduque, en principio asustado, recapacitó para sentenciar que el mismísimo Dios le había otorgado poderes sobrenaturales con el noble objetivo de que pudiera erigirse rey de reyes sin competencia u oposición alguna. Y, como por

arte de magia, creció sobre su cabellera una corona de platino con zafiros y rubíes tan grandes como puños. Sin género de dudas, su destino pasaba por la dominación planetaria; extender sus posesiones hasta los confines de la tierra. Y así ocurrió. Como por arte de magia, que no era fruto de sortilegios sino de la voluntad divina, apareció un mapamundi con todos los territorios de su propiedad, los cuales ocupaban la totalidad del planisferio.

Se vistió con un chasquido de dedos para, acto seguido, llamar con gritos de alborozo a su amantísima esposa, que no se hallaba con él. Nadie en palacio había. Temiendo una emboscada, deseó la complicidad de su cónyuge en ese momento. Con el oído izquierdo sangrándole, abandonó la suntuosa mole para caminar, enajenado y sin rumbo, por una urbe tan pulcra como vacía.

Se autoconvenció, pues, de que estaba inmerso en la más terrible de las pesadillas o que era blanco de una maldición, por lo que este monarca sin siervos ni sirvientes, sin subordinados a los que pedir explicaciones, consagró la eternidad a construirse, con las ideas que su raciocinio producía como por arte de magia, y entre sollozos y lamentos, la magna capital que a su juicio merecía. Ignoraba que al día siguiente, y lejos de aquel universo presumiblemente paralelo, es él quien sería noticia de portada y que su decimonónico imperio de juguete acabaría desapareciendo, del mundo de los vivos, como por arte de magia.



# La rendija

#### Eduardo José Francés Álvarez

Han transcurrido dos años desde que comenzaste a trabajar en ese lugar. Los primeros días te costó horrores acostumbrarte al horario nocturno, tan sumamente solitario. Siempre habías pensado que las personas con trabajos similares pensaban demasiado y que esto acababa resultando perjudicial, pero ahora te habías convertido en una de esas personas.

Una vez que empleados y clientes se habían marchado, siempre obrabas del mismo modo, subías los tres tramos de escalera en dirección al aparcamiento, cerrabas el raído portón de hierro que rechinaba como mil demonios, para que ningún vehículo pudiera adentrarse en lo que ahora eran tus dominios, y posteriormente la puerta peatonal, siempre con cerrojo, para evitar la aparición de viandantes no deseados. Pasabas a la zona de recepción, cerrabas las puertas blancas de cristal, sintiéndote algo más seguro, pese a que lo que hacías a continuación era recorrer todas y cada una de las zonas interiores, abriendo todas las puertas, mirando dentro de cada cabina de vestuario para asegurarte de que nadie se hubiera colado, aunque no habrías sabido qué hacer, como cuando miramos debajo de la cama para asegurarnos de que el hueco se encuentra vacío, es como una necesidad de verificar algo que sabemos que está bien, por el simple hecho de tranquilizarnos y dormir plácidamente. También te aterraba tener que pasar frente a las puertas blancas una vez que era medianoche, casi te daba más miedo la imagen que se formaba en tu cabeza, que el hecho de que hubiera alguien, que de todos modos no podría acceder al interior a no ser que rompiera los cristales o forzara la cerradura. La realidad era que, por mucha valentía de la que pudieras hacer gala, estabas completamente

solo, tu seguridad dependía exclusivamente de ti mismo y de lo que hicieras para preservarla.

Llegaste a permanecer en un constante estado de alerta y todo te parecía una amenaza, como aquella vez en la que un cartel oscuro parecía una cabeza asomándose. O el pequeño muñeco de prácticas de salvamento en piscina, que se asemejaba a un niño fantasmal esperando agarrarte cuando pasaras por delante de él.

Lo peor era el silencio, o al menos el silencio en lo que a voces humanas respecta, puesto que había ruidos, muchos. Podía parecer que dos personas conversaban o que alguien daba un portazo y se aproximaba caminando hacia ti. Cuando lograbas identificar alguno de ellos aparecía otro distinto y pensabas: "Esta vez sí, esta vez ha entrado alguien, ese ruido no puede ser de ninguna máquina". Pero no era así, solo se trataba de motores, válvulas abriéndose y cerrándose, dosificadoras, la caldera, la máquina de las bebidas, el aire acondicionado o alguna ventana descolgada golpeando la fachada producto del viento.

La mente humana juega malas pasadas en momentos de tensión, somos capaces de ver sin problemas una película de terror a mediodía sin sentir prácticamente nada, pero esa misma película, en el mismo entorno, a altas horas de la madrugada, se convierte en un suplicio. Cuando nos introducimos en la cama, cada sombra, cada ruido, cada susurro del viento nos hace saltar como si tuviéramos la certeza de que hay algo real agazapado en la habitación, esperando su momento, pese a que sepamos que las probabilidades de que algo así ocurra son ínfimas. En el trabajo tenía esa sensación de forma constante, seis noches a la semana. Era agotador.

Finalmente, quizá porque los humanos no podemos experimentar esa sensación de tensión y sobresalto eternamente sin acabar muertos, llegas a acostumbrarte a no revisar todos los recovecos cada vez que cierras, a no sobresaltarte por carteles o figuras, a saber qué sonido corresponde a cada máquina en cada momento y eres capaz de pasar por delante de las puertas blancas sin pensar en nada en absoluto, pero sigue habiendo algo que te perturba, la puerta azul.

Las instalaciones comunicaban con el antiguo colegio por aquella puerta de color azul oscuro, era por la que caminaban los visitantes que querían ver esa zona y por la que entraban los niños que hacían actividades extraescolares. Desde que te dijeron lo que albergaba detrás no llegas a acostumbrarte a ella, es una puerta que jamás se cierra con llave, ni siquiera de noche. Cada vez que pasas por delante mientras realizas tus tareas no puedes evitar estremecerte. Aulas vacías, pupitres,

crucifijos en las paredes, escaleras, pasillos interminables, despachos e incluso una capilla. Podría haber cualquiera o cualquier cosa escondida allí, entrar de una manera extremadamente sencilla, sin hacer saltar alarmas, sin hacer apenas ruido y encontrándose frente a ti en un abrir y cerrar de ojos. Por ese motivo siempre que pasabas por allí mirabas para cerciorarte de que seguía cerrada, de que nadie la estaba abriendo en ese momento o la había abierto antes de que llegaras.

Tu peor noche fue cuando estabas comenzando a desvestirte y las luces parpadearon, para después apagarse por completo; no tenías linterna y, como no hay cobertura y el cloro deteriora rápidamente cualquier aparato electrónico, sueles dejarte el móvil en el coche. Saliste del vestuario, subiste la escalera esperando encontrar algo que no debería estar allí, mientras las luces de emergencia parpadeaban, llegaste al cuadro de automáticos que había en el cuartito de recepción, pero, al subir el general, observaste que la luz no regresaba. Probaste una y otra vez, los ruidos volvieron a escucharse, pero esta vez no había nada encendido, seguro que se trataba de alguien, o quizá solo tu imaginación. Al tercer intento las luces volvieron. Cuando bajaste de nuevo pudiste observar cómo la puerta azul estaba entreabierta. Volviste a casa sin ducharte ni comprobar por qué se había abierto. Seguramente fue el viento, pero que fuera justamente el único día en el que las luces fallaron no dejaba de ser una horrible coincidencia.

Es curioso cómo al acostumbrarnos a algo, aparecen nuevos miedos, puesto que, pasado el tiempo, apenas piensas en la puerta del colegio, en los ruidos o en la gente que puede estar oculta por allí, pero cada vez que tienes que ducharte, minutos antes de volver a casa, sientes escalofríos recorriéndote la espalda porque la puerta del vestuario de personal tiene una rendija en la parte inferior y siempre esperas ver algo asomándose por allí. Tampoco tiene pestillo, de manera que la trabas con una estantería pequeña que se utiliza para los objetos perdidos. Sabes que no es suficiente como para impedir la entrada de alguien que empuje desde fuera, pero al menos haría ruido y podrías estar preparado. Es natural sentir miedo en ese momento, a altas horas de la madrugada, solo y muy vulnerable. Al fin y al cabo, prácticamente todas las sagas de terror incluyen escenas en duchas en instalaciones deportivas.

De todas maneras, está en tu imaginación, te das cuenta de que nunca te ha sucedido nada y de que realmente son tus demonios los que consiguen estresarte, pero sabes que, aunque vieras algo, tampoco querrías dejar tu trabajo, porque necesitas el dinero y nadie te creería. Estás solo y solo tendrían tu testimonio de los hechos, pero aquella ranura de la puerta no deja de perturbarte. Siempre piensas

en ella cada vez que estás dentro del vestuario, siempre esperas que algo aparezca, la miras varias veces cada pocos minutos y permanece igual. Hasta que un día deja de hacerlo.

Creías que tu peor noche fue la del apagón, pero eso es porque todavía no había llegado aquella, hace ahora dos semanas, cuando estabas organizando tu bolsa para marcharte y dirigiste la mirada una última vez hacia la rendija, para cerciorarte antes de abrir la puerta. Allí estaban, dos pies desnudos, de piel blanquecina, como los de un anciano. No pudiste evitar estremecerte y quisiste proferir un grito, pero no fuiste capaz, las palabras no salían de tu boca. No sabías cómo actuar, no podías escapar sin abrir la puerta y abrir la puerta era lo último que deseabas hacer. ¿Qué sería aquello? ¿Un espíritu? ¿Alguien real que se había colado por la puerta azul? ¿Una alucinación? Habías leído sobre ello, el cerebro, en situaciones de privación sensorial, tendía a crear imágenes para tener algún tipo de estímulos a los que reaccionar, no eran reales ni se trataba de algo patológico, simplemente desaparecían cuando todo volvía a la normalidad, pero no podía tratarse de eso, la privación iba ligada al cautiverio en el interior de zulos o cosas similares, no a un entorno de trabajo en soledad y silencio. No, eso no tenía sentido. Quizá algún trastorno mental leve, quizá pseudoalucinaciones, cuando las personas ven cosas que realmente no están allí, pero son conscientes de que no pueden ser reales. No sé, quizá se trataba de algo así.

Sabías que había cámaras en varios puntos de las instalaciones, al menos unas dieciséis, según tu último recuento, de manera que, aunque no hubiera ninguna frente a esa puerta, al menos podrían revisar las grabaciones al día siguiente para verificar si alguien se había acercado desde algún otro punto hacia esa zona. Eso suponiendo que llegaras al día siguiente, que era una forma de pensar quizá demasiado optimista. No, tenías que hacer algo, tenías que intentar abrir la puerta y enfrentarte a lo que fuera que hubiera ahí delante. No podía ser tan malo. ¿Le daría tiempo a cogerte? ¿Qué es lo peor que podría hacer? No lo sabías porque, en realidad, no creías que hubiera nada. Volviste a mirar y ahí seguían los pies, no había sido cosa del momento, seguían ahí, permanecían inmóviles, como si aquello esperase desatar tu locura. Decidiste darte la vuelta y esperar. Esperaste durante horas, tentado de mirar, pero sin volver a hacerlo, hasta que finalmente reuniste el valor suficiente y miraste. No había nada. ¿Dónde habría ido? ¿Estaría dentro? ¿Podría atravesar las puertas? No, no había ni rastro. Hiciste acopio de valor y aprovechaste para abrir y llegar hasta tu coche tan rápido como pudiste, apagando las luces y cerrando puertas a tu paso, sin ver nada raro. La tensión era mayor de lo que había sido nunca, pero conseguiste llegar a casa. ¿Volverías al trabajo

al día siguiente? No tenías alternativa, lo necesitabas. ¿Pedirías que revisaran las grabaciones del día anterior? Mejor no hacerlo, te aterraba quizá más que se descubriera que no había nada y las posibles consecuencias, antes que el hecho de que se viera claramente cómo alguien entró desde algún lugar. No, no dirías nada, seguirías actuando con normalidad.

La noche siguiente volvería a suceder lo mismo, y seguiría sucediendo una tras otra. ¿Qué más da? Al final te acabarás acostumbrando, como con todas aquellas cosas que te asustaban al principio. Al fin y al cabo, nada importa. Optas por convivir con ello y dejarlo pasar. Seguro que aparece algo peor que lo sustituye, como lleva sucediendo desde el principio. Aunque en el fondo de tu ser deseas con todas tus fuerzas que eso no llegue a ocurrir.



### La cabra tira al monte

María Jesús Navarro Ríos

Sonó el despertador. Siempre suelo despertarme antes, pero esta vez necesité que la voz del locutor de radio, activada a las siete de la mañana, espabilara mi conciencia profundamente ausente y lejana. La noche anterior había trasnochado en exceso pues preferí ir a dormir habiendo dejado todo listo, para así poder relajarme tranquila, antes de enfrentarme al gran día, el de la inauguración del congreso que desde hacía ya largos meses llevábamos organizando el equipo de trabajo creado desde distintas entidades universitarias. Un equipo que otra vez se enfrentaba al reto de organizar un evento académico internacional con exigencia de calidad, a pesar de los reducidos recursos económicos y de personal.

Tres días en los que debatiríamos sobre la masculinidad hegemónica, otorgando, como no podría ser de otra forma, protagonismo a ellos, a los hombres. Evento en el que se debatiría sobre la masculinidad tóxica y destructiva creada por la ideología patriarcal que se perdía en la noche de los tiempos, pero que no por ello, o precisamente por ello, había que cuestionar, si de verdad nuestra apuesta era sincera en el trabajo de construir un mundo pleno de igualdad, justicia y sabiduría. Un mundo donde la inercia se dirigiera hacia la búsqueda del saber, del conocimiento, único recurso capaz de otorgar nobleza, en contraposición a la ignorancia, fuente de toda torpeza y despropósito de la condición humana. Pues no es el poder del capital, ni la cuna, ni la formación académica desligada de la ética, la que eleva al ser humano sino, como bien dijo la gran pintora surrealista Maruja Mallo:

"Si el genio es la suma de ciencia y conciencia que averigua el futuro, y si el actuar es la

causa que determina el mañana, son las masas intelectuales las que están realizando la transformación de la Tierra".

Y una muestra de esas masas intelectuales que pueblan el planeta eran las que, durante los tres días en los que se desarrollaría el congreso, estaban llamadas a disertar y poner en común nuevos paradigmas de relación y auto-concepto de lo que significa ser hombre, ser humano del sexo masculino, alejado de artificios ideológicos que, si bien les otorga privilegios, al mismo tiempo les resta autenticidad y extirpa elementos inherentes a su condición humana, provocando crisis de identidad y de relación perjudiciales para la sociedad en su conjunto.

Ni quiero recordar las horas y horas que invertí en atender diferentes cuestiones de la organización. Pero había quienes, en el equipo, estaban haciendo mucho más que yo y el proyecto merecía la pena. Era, pues, obligatorio resistir.

Fue en esta inercia de frenético trabajo, pocos días antes de la inauguración, cuando vino a recaerme la responsabilidad de una nueva tarea que me aportó indudablemente la más significativa y hermosa experiencia de todas las que habría de brindarme este acontecimiento. ¿Casualidad? No, serendipia, como todas las que ocurren cuando el ser humano sabe activar la magia en su experiencia de vida. Magia que no es más que el inteligente acto de poner en práctica las leyes de la naturaleza que nos asiste y que la ciencia, tímidamente, empieza a reconocer, aunque con serias reticencias.

La compañera que debía presentar al ponente internacional que tendría el honor de inaugurar el congreso debía viajar a Sevilla para atender obligaciones laborales, por lo que se propuso que yo fuera quien ocupara su lugar. Fue así como me convertí en la anfitriona del señor Olavarría durante los cuatro días que duraría su estancia. El doctor Olavarría Aranguren, de doble apellido vasco, había nacido en Chile, país en el que aún residía y desarrollaba, desde hace más de 30 años, su labor profesional dedicada al estudio de la masculinidad. Me encargué de gestionar su billete y alojamiento, brindándome esta tarea la oportunidad de conocer a este hombre de estatura y complexión enjuta, aunque plena de vida y entusiasmo. El señor Aranguren, de su condición de jubilado, había tomado la parte positiva de la etimología del término, pues jubilosa era su actitud ante la vida, desplegando sabiduría y tremenda humanidad. Y es que solo se descansa del trabajo que no se ejerce con pasión, y al señor Olavarría pasión le sobraba, a juzgar por su enérgica forma de expresarse y por el mero lenguaje corporal y brillo que sus ojos reflejaban en los vídeos y fotos que pude consultar en su currículo personal.

A don José, ese era su nombre de pila, le emocionó que su nueva anfitriona le informara que trabajaba en Orihuela, la ciudad natal de Miguel Hernández, emoción que se sumaba a la que ya sintió cuando, meses atrás, una universidad que llevaba el nombre de su tan amado poeta, le invitara al privilegio de impartir la conferencia inaugural en un congreso que versaría sobre la necesidad de proponer nuevas masculinidades. "No es casualidad", pensó al encadenarse semejantes coincidencias. Y es que el señor Olavarría admiraba a Miguel Hernández desde muy antiguo, cuando, 45 años atrás, en tiempos convulsos acaecidos durante la dictadura militar chilena, el poeta y la belleza de su obra supusieron el salvavidas al que aferrarse, el bálsamo con el que evadirse de la dura experiencia vital a la que entonces tuvo que enfrentarse sin remedio.

Cuando supe de su llegada a España, habiendo comprobado que había sido acomodado correctamente en el hotel, fui a visitarle. Fue entonces cuando confirmé que la dulzura de sus formas, desplegada en los correos que nos debimos intercambiar, constituía solo una muestra de la profunda gentileza que transmitía su carácter en persona.

La segunda jornada que fui a verle, me pidió que le indicara la dirección de una librería (para comprar libros de Miguel Hernández, me confesaría posteriormente), a lo cual accedí gustosa despidiéndome de él hasta nuestro siguiente encuentro, el día de la esperada inauguración del congreso, donde ambos debutaríamos tras el protocolario acto de inauguración. Don José había decidido a última hora cambiar el repertorio de su intervención, incorporando a su conferencia un sentido homenaje al poeta de su juventud. Qué hermosa oportunidad para ceder el protagonismo de su condición de académico, a quien tanto debía agradecer, ahora que tenía el honor de estar presente en la tierra natal del poeta del pueblo, creador de tanta belleza literaria en su tan corta, pero intensa, existencia.

Siempre que modero alguna conferencia, me gusta aportar una reflexión final antes de dar paso al turno de preguntas. Aquella vez, mientras escuchaba al señor Olavarría, no pude evitar centrarme con mayor entusiasmo en su sentido homenaje a Miguel Hernández más que en las propias disertaciones de su mensaje académico, lo que me arrastró hacia un estado emocional que provocó en mí una especie de trance. Miguel, nombre tantas veces pronunciado sin afectación alguna, solo por imperativo laboral, al ser otorgado su nombre a nuestra institución, me inspiraba en estos momentos toda la emoción del mundo, un estado alterado de conciencia que me hizo comprender que no podría haber figura más representativa de una masculinidad ejemplar, temática central del congreso, que la del propio Miguel,

modelo de hombre libre y valiente, capaz de superar cualquier barrera interpuesta por el destino para convertirse en el hombre que había venido a ser. Así lo hice saber al público asistente y pedí un sincero aplauso a una figura masculina, ejemplar icono a partir de entonces, del evento que acabábamos de inaugurar.

El congreso fue un éxito y, al finalizar..., yo ya no era la misma.

Al señor Olavarría, ese regalo de ser humano que tuve la suerte de conocer, agradeceré siempre que despertara en mí una feroz "hambre" de conocimiento sobre la figura de Miguel, poeta tan cercano al igual que ajeno hasta entonces en mi vida.

Querido Miguel, el viernes, segundo día del congreso, a buena hora de la mañana, y después de tu merecido homenaje particular en la conferencia de apertura, quise regalar al señor Aranguren el detalle de visitar tu casa. Hermoso momento el que pude compartir con don José, en aquel patio junto a tu higuera, y sorprendente fue la emoción no premeditada que sentí al cruzar el umbral de la puerta que conducía a tu cuarto. Curiosa experiencia que provocó, a partir de entonces, el deseo irremediable de descubrirte, embargándome un extático estado de ánimo que, si bien al principio me desconcertó, finalmente acepté y admití sin reparos.

Exenta por fin de las obligaciones del evento, me despedí del equipo y de todas aquellas nuevas almas con las que acababa de compartir días tan intensos y maravillosos de trabajo, para dirigirme hacia un encierro voluntario, determinada a no permitir que nada ni nadie interfiriera en mi firme propósito de acaparar todo documento que me brindase cualquier detalle de tu existencia.

Y el tiempo fue desapareciendo, difuminándose frente a un estado de ánimo que no admitía hartura ante el deseo de absorber toda información sobre tu biografía, sobre tu obra.

Tal fue la sorpresa de lo que fui descubriendo que no exagero al confesar que despertaste en mí un profundo amor, hasta el punto de dolerme no poder tenerte vivo y presente a mi lado. Dolor por no poder exigir y hacer posible que regresaras a este mundo, tan necesitado de hombres de tu talla.

Leí tu obra, absorta en mi soledad, en mi encierro voluntario, sintiéndome más acompañada que nunca, y me embriagué de tus escritos, volando sobre tu vida y tu muerte, maldiciendo la incapacidad de no poder regresarte.

¿Estoy loca, como una cabra quizá, si pienso que me hablabas, ante la pertinaz aparición de tus versos de amor que, cada vez que abría tu libro, insistían en hacerse presentes?

Aunque bajo la tierra mi amante cuerpo esté escribeme a la tierra que yo te escribiré...

Y te escribí, y no cesaré de hacerlo, volcando ahora, en estos versos de amor que plasmo al final de mi relato, toda la emoción intensa que me inspira tu inmortal esencia, libre de leyes de materia, espacio y tiempo. Y te escribí, e insistiré en ello, porque ya ni puedo, ni quiero vivir si no es con la presencia de tu hermoso recuerdo.

La cabra tira al monte,
Monte de arbusto y rama
Y en lo alto de la cumbre, orgullosa
Su libertad reclama
Que no quiere aprisco angosto
Ni maternidad frustrada
Que desea la guerra si es preciso
Para ganar su batalla

Y tú Miguel querido, con ellas, vuestra desgracia Que son las cabras tu yugo, y a la par hermanas De instintos doblegados De rebeldías consumadas Pues la ignorancia acecha De animales de dos patas Que embriagados de estulticia A ambos os encierran y acallan

Pero puede más tu instinto, Más tu grandeza brava Y luchas, peleas y te agitas Y por los poros sangras Y consigues ser el hombre Que pactaste antes del alba Modelo para otros hombres Que sabiduría demandan

Soldados de ejército blanco Que alumbre la humanidad cansada De tanta estupidez y soberbia De tantos ignorantes sin alma Que solo poder buscan afuera Mas nunca poder en sus entrañas Y en ti descubro como mujer El hombre que a mi lado ansiaba Amargo destino nacer Cuando tu cuerpo descansa Años ya en la tierra fría que te cuida y que te guarda Pero me quedan tus versos limpios Tu ejemplo de hombre de talla La evidencia de tu existencia Y de ella preñada Doy gracias por tu vida Doy gracias por la espada Con la que fuiste guerrero y firme A la más dura batalla La de no doblegarte nunca La de conquistar tu plaza De hombre sabio y seguro de tu propósito del alma. Que dentro te tengo, dentro, cual novia ilusionada Que dentro te tengo, y feliz, mi corazón te guarda.



#### La Polseguera

#### Pablo Navarro Simarro

Un enorme bloc de roca era rossegat pel pas del temps. Al costat d'aquell monument, Àngela esperava pacientment com tots els dies des de feia un mes. Tremolava de fred i de nerviosisme, tota aquesta espera havia sigut prou per arrencar-se a mossos les ungles amb la rudesa d'una carnissera. Com cada dia, Miquel es va asseure al costat d'ella i li va apartar suaument la cabellera. Poc a poc s'arrimà subtilment a la seua orella. La brisa del seu alé li va acaronar el lòbul, però la cruesa del missatge va fer que el vent es convertira un huracà de patiment.

—Tenim notícies d'ell per fi. Desgraciadament, ja no és amb nosaltres. Ho sent.

Miquel se'n va anar sense fer cap gest d'angoixa. Duia anys amb el rostre paralitzat, però dins la repressió no havia pogut callar-lo. Amb el temps havia aprés a dissimular, a no fer soroll. Caminava per la ciutat com un fantasma més, els seus peus eren tan silenciosos que pareixia levitar, inclús la seua roba semblava evitar tot contacte amb ell. Quan la polseguera l'agafava pel carrer, la picor i les llàgrimes intentaven veure la llum, però després de tanta tempesta havia aprés a reabsorbir el líquid i fer callar la coentor.

Tan prompte com va rebre aquesta notícia, un gest va delatar Àngela. No podia amagar-se, les llàgrimes cridaven a la porta més que mai. La tristor era una força que empenyia les seues vísceres cap a fora. La calentor del vòmit li acaronava la gola, estava al límit. Sense pensar en res, com un autòmat va abandonar el banc i aquella rovellada escultura que pretenia homenatjar a l'últim bosc.

Diumenge, dia del descans. Àngela caminava per la plaça central de la ciutat, on tota aquella gent es movia a l'uníson. Milers de persones formaven una coreografia gegantesca, un riu de caps que no es fregaven ni miraven. Àngela després de tants anys sabia imitar-los, es menejava amb la mateixa delicadesa que ells sense allunyar-se de l'esbart.

En la plaça tres restaurants completament idèntics, tres botigues de roba iguals i tres còpies de la mateixa tenda de mòbils. Certa gent eixia del grup amb suavitat per a anar a aquells comerços i unir-se a les interminables cues que serpentejaven per tot l'espai. Dins el restaurant sols havia un plat amb menjar, encara que tota una filera infinita esperava per olorar-lo. Aquell menjar estava verd i ple de fongs, havia passat de mà en mà durant quasi mitja dècada, havia sigut fotografiat per milers de persones i el restaurant havia sigut etiquetat com una experiència increïble i diferent que havien de repetir cada diumenge. A les botigues de roba una infinitat de peces que cridaven als quatre vents la rebel·lia de ser diferent quan totes les samarretes eren pràcticament iguals. Tot el món duia eixes camisetes, inclús Àngela les vestia per anar a conjunt amb el grup. Ho havia de fer, si destacava entre la gent seria descoberta. Al seu pit el següent emblema: «Ets una estrella i has de brillar».

Una fantàstica maniobra sense intermitents i va fugir del banc d'ulls per entrar a sa casa. Va pujar amb l'ascensor, trenta plantes fins a la llibertat. Acostà l'empremta dactilar al pom de la porta i la va obrir. Deixà enrere la seua presó tancant-la suaument, després, va baixar totes les finestres fins que tan sols un filet de llum tallava l'aire. En la foscor les llàgrimes li brollaven com un continu, làmines i làmines de paper no eren capaces de coagular aquella ferida. No podia assimilar que Pol no tornaria a omplir amb el seu vent cada racó de la casa. Duia un mes sola, imaginant-se el pitjor, però ara que no hi havia ni l'esperança es va sentir més estranya que mai. Sabia que era arriscat, però confiava cegament en ell.

El temps passava massa de pressa, quan s'adonà de l'hora tan sols quedaven dos minuts per a la polseguera. Àngela va anar corrent fins a l'armari i agafà l'antídot. Estava tot obscur, però no podia entretindre's encenent la llum.

Minut i mig per a la polseguera.

No podia deixar-se engolir per la polseguera, estava tan nerviosa que va tirar el pot a terra, xafant una de les càpsules fins fer-la pols.

Un minut per a la polseguera.

Va agafar la primera càpsula que va tocar i la va dur a la seua gola sense aigua. L'aspra pastilla li va quedar travessada, però amb un reguitzell de glops i dolor va aconseguir empassar-la.

Deu segons per a la polseguera.

Àngela no va tenir temps a preparar-se i amb els ulls oberts va rebre la polseguera. Les partícules dissoltes en l'aire van penetrar pels conductes de ventilació de la casa i la va inundar una lleugera boira. La polseguera va incendiar les seues llàgrimes, la picor era insuportable. Àngela es va tirar a terra mentre poc a poc els seus ulls tornaven a la tebiesa habitual i la polseguera anava precipitant fins a convertir-se en un lleuger llençol taronja sobre el sòl.

Una eternitat a terra, digerida per la polseguera. No tenia força per alçar-se, ja res mereixia la pena per a ella. De sobte les petites partícules caigudes del cel es van anar agrupant en un sol punt que anava agafant forma. Àngela es va girar cap aquell cúmul i va poder veure com la pols anava ramificant-se en el que semblava dues cames i dos braços. Després, tota la pols de la casa es va posar d'acord en donar-li un rostre a aquella figura antropomorfa i vestir-la amb unes ximples robes color carabassa.

La polseguera podia caminar, la polseguera respirava, la polseguera grunyia, la polseguera tenia la cara de Pol. El Pol de lava caminava per la casa com ho feia el de carn i os, s'asseia a la butaca de sempre, omplint-ho tot d'una crosta fastigosa. Pol s'alçava, anava a la cuina, anava al lavabo, tacava tota la casa fins que inclús l'aigua de la dutxa eixia taronja i àcida com suc de taronja als ulls. Àngela estava paralitzada, els seus músculs no responien, però els seus ulls no podien deixar de mirar aquell grotesc espectacle. De sobte, Pol es va girar cap a ella.

-M'has trobat a faltar? -preguntà la polseguera.

Àngela no va contestar, estava atemorida davant aquella presència.

—Vine amb mi, amor meu —digué la polseguera.

Pol va intentar tocar Ángela, però ella va recuperar el control dels seus músculs i va fer un pas enrere. Aleshores la polseguera es va desestabilitzar i va caure a terra, desfent-se com un terròs de terra ablanida. La pols va tornar a inundar la sala.

Àngela va intentar fugir de sa casa, Pol estava mort, Pol no era la polseguera, repetia com un mantra encara que li costara assimilar-ho. Va intentar obrir la porta però la polseguera es va ficar dins del pany, bloquejant-la per complet. Àngela es va tornar a deixar caure al terra, al mateix temps la pols s'agrupava en l'aire formant suaus línies que onejaven rítmicament formant formes arredonides. No podia deixar de mirar aquella escena tan psicodèlica, estava completament hipnotitzada.

Les ones poc a poc van anar transformant-se en figures més familiars, concretament en el riu de persones que fluïa per la cabalosa plaça. Entre totes les persones que aquell núvol mostrava una era molt familiar per a ella. Pol, amb una motxilla taronja fosc, s'infiltrava entre la multitud. Una rajada de gent amb un jou invisible caminava mirant al front manipulats per una força que només ells i uns quants desgraciats coneixien. Pol es va separar de la gent, però amb tanta mala sort que amb el seu gir va caure de morros. Cap d'aquelles persones es va sorprendre, van seguir passant per damunt d'ell, xafant-lo com una formiga. Pol es va alçar i va intentar fugir corrent, però ja era tard, tot allò havia sigut prou per delatar-lo.

Un trio de policies es va apropar a ell i li van treure la motxilla, contant tots els pots de l'interior. Després de la confiscació van dur a Pol a dins d'un edifici proper. Quan tot açò va acabar, la polseguera va tornar a emetre aquelles línies onejants.

La polseguera va anant precipitant-se de nou poc a poc a terra. La pols es va anar agrupant en una línia grossa que es menejava com una serp. Aquell rèptil farinós es va acostar a Àngela i sense que ella poguera fer res va anar trepant per el seu cos fins acariciar-li la boca. La serp va entrar a la seua gola, la textura aspra i terrosa de la pell li va fer voler vomitar. El sabor amarg li va inundar la tràquea i la picor va penetrar dins les seues vísceres.

La polseguera va anant xuclant-li les forces, Àngela estava estesa a terra ja sense sentir cap dolor. Sentia la polseguera dins d'ella, però ja estava en pau. Tota picor havia desaparegut, el sabor amarg s'havia dissolt i davant els seus ulls una potent llum ataronjada com un sol. Àngela va oblidar tota una vida i va entrar en un lleuger èxtasi que va anar augmentant com el més intens del orgasmes. Cinc segons de plaer i va sentir com la polseguera se n'anava i ella s'esvaïa.

—Així es com t'imaginaves la casa d'uns narcos?

—Creia que viurien amb més luxe, ací no hi ha res de valor.

Els dos policies van entrar a casa d'Àngela vigilant de no fer molt de soroll. Havien sigut enviats pel govern central, després de tants anys de cerca havien trobat l'amagatall dels últims traficants de l'antídot.

—Mira ací, sembla que algú haja xafat una pastilla. Està tot el terra ple de taquetes blanques.

Seguint el pas de la fina arena blanca es van adonar de que alguna cosa estranya havia al terra de la cuina. Es van apropar cautelosament i van trobar el cos d'Àngela, encara calent per la vida i humit per les llàgrimes i la suor. Els policies la van inspeccionar de cap a peus per comprovar si realment estava morta.

El seu cor ja no bategava, els seus ulls ja no s'obrien i el seu cos havia començat una vaga eterna. A la seua mà, un petit pot que vomitava pastilles blanques.

- —Has vist? Anava a prendre's l'antídot, però alguna cosa li deu haver passat, és molt estrany. El que em fot es que haja decidit morir-se ara, quan anàvem a fer xantatge al Pol. Aquesta era l'única manera de què obrira la boca.
- —I ho farem igualment, no patisques. Farem que cante d'on collons van robar la fórmula de l'antídot i després ens el carregarem. Ells eren els últims que el fabricaven, prompte tot el món estarà influït per la polseguera.
- —Aleshores la nostra feina aviat acabarà. Açò em preocupa, pot ser que quan no siguem útils ens deixen de subministrar l'antídot. Crec que el que hem de fer és deixar ací el cadàver i dir que ha escapat viva.
- —Tens raó, de moment no cal dir-li açò a ningú. Per si de cas, deuríem de dur-nos tots els antídots i repartir-nos-els, començant per eixe que porta a la mà.

Un dels policies es va apropar al tebi cos d'Àngela i li va arrencar de les mossegades ungles el pot mig obert.

—Escolta, aquesta xica no estava prenent-se l'antídot.

L'altre policia es sorprengué i va agafar el petit pot. Després va llegir l'etiqueta, en gran podia veure's: *Escapina 100mg*, 50 càpsules.

—Ha mort de sobredosi, aquesta es una forta droga de la dècada passada. Crec que provocava fortes al·lucinacions i en algunes persones tenia un desenllaç fatal. Era prou popular abans de les primeres morts, una llàstima.

Els policies van confiscar tota la casa en busca del seu tresor. Tots els calaixos van ser desnonats, omplint el terra de trossos de plats i records d'una vida. Les miques de la ceràmica van ploure sobre el cos d'Àngela, oblidada ja per aquells lladres.

—Queden cinc minuts per a la polseguera —va dir un dels policies i es van prendre l'antídot a l'uníson.

Quan ja ho havien registrat tot van tancar la porta deixant Àngela sola de nou. Dia rere dia la polseguera omplia de color sa casa i tapava Àngela maternalment amb un llençol taronja. Setmanes després la polseguera l'havia engolida, formant tots dos un turó terrós

Quan anys després algú tornà a la casa i netejà el turó no trobà cap pèl, cap os ni cap signe del cadàver. Àngela s'havia transformat en pols, Àngela era part de la polseguera.



## MUTALLA A LA VANGUATDIA

Irene Reyes Noguerol

El reloj con su marcha de soldadito de plomo y tú bajo su peso. Tú pequeña. Tú cansada. Tú mirando hacia los lados por si alguien viene. Por si a alguien se le ocurre venir. Por si alguien decide darse la vuelta y mirarte a los ojos así como se mira la gente en las películas, la imagen detenida en el momento justo, un temblor mínimo que apenas se percibe pero siempre está ahí, en lo acuoso de la respiración, en las manos laguna que se irisan rozadas por el aire, en un cuerpo frente a otro que no habla y sin embargo no deja de responder con su silencio. Aquí, tú sola. Nadie viene. A nadie se le ocurre venir. Nadie se da la vuelta. El tictac marcial anudado a la muñeca y tú con diez años y todavía una esperanza, todavía.

Porque, en el colegio, fueron cuatro. Cuatro pares de piernas y de cejas y de brazos como los tuyos, cuatro narices como la tuya, cuatro ombligos como el tuyo, pero cuatro bocas que no eran como la tuya; tú, tan sin nombre, tan en segunda fila, ni siquiera un apunte a las cuatro bocas como navajas que sabían dónde abrir para doler.

No te golpearon. No te gritaron. No llegaron a tocarte. Tampoco las que siguieron —tú, pared de nieve alta, fría, dura, muralla a la vanguardia, no hay paso más allá—. Solo palabras a media voz y aquella sonrisa única en la memoria, la sonrisa de medio rostro, sonrisa encorvada como la joroba de un insulto, esa hilera de dientes que te persigue en casa y en la ducha y bajo las sábanas cuando cae el sol y un gato de luna se

queja en tu ventana. Cuatro bocas y una mueca congelada que te agarra el pie cuando se queda fuera de la colcha, que te hiela los talones como una aguja desolada.

Cuatro es un número perfecto, piensas: tu padre, tu madre, tu hermano y tú, cuatro son tus asignaturas preferidas y cuatro suman los números de la matrícula del coche reducidos a una cifra. Cuatro octavas de tu primer piano, cuatro la hora de la siesta, cuatro libros junto a la cabecera, cuatro: tu padre, tu madre, tu hermano y tú. Cuatro flores en tu mesa, cuatro cuadernos en tu mochila—cuatro, cuatro, cuatro, cuatro, números, cuerpos tímidos al abrir la cremallera— cuatro veces que buscaste en el diccionario obsesivo-compulsivo (cuatro y cuatro sílabas simétricas, te gusta la perfección, te gusta el orden), cuatro: tu padre, tu madre, tu hermano y tú. Cuatro cuerpos tímidos al abrir la cremallera que se sujetan a la tela con sus ocho patas diminutas —cuatro y cuatro a cada lado— y asoman el cuerpo redondo como puntitos que se te quieren subir a las manos, cuatro arañas que escondieron donde guardas el desayuno y que pronto pasan a ser más de cuatro, cinco, seis, siete pequeñísimas cabezas que parecen mirarte mientras corren hacia el suelo de puntillas, hacia la gran sonrisa allá, al otro lado del aula, cuatro bocas conteniendo la carcajada, cuatro lenguas que se mueven lentas para ser oídas, cuatro dolores en el vientre que no te dejan pensar. Cuatro: tu padre, tu madre, tu hermano y tú.

Luego, cuatro años de carrera y cuatro voces que se han vuelto una, una con nombre y apellidos, con carnet de identidad y la misma sonrisa corva, toda dientes, toda susurros desde la fila de delante, de atrás, desde el asiento junto al hueco que nadie ocupa nunca. Nadie se para, nadie vino entonces, nadie viene ahora. Las horas tropezándose hasta las dos y media y tú sola, tú quieta, tú siempre, tú contando hasta cuatro y en el oído el consuelo de la familia, la mano en el hombro, el gesto de apoyo, el abrazo antes de salir a clase, antes de subir al autobús y recorrer la ciudad con su gente que vive y pasea sin pensar en nada, con su gente como hormigas alegres y cogidas de la mano, pequeñas, simpáticas, humildes, hormigas que imaginas conocer, hormigas que te gustaría ver a tu lado en el aula, hormigas con las que desearías hablar y comer y compartir horario y evitar ese peso en el pecho al llegar a clase, ese no saber qué hacer con los brazos ni con el tiempo que se funde y camina despacio, suave, abriéndose paso entre tu soledad de nieve y el asiento vacío.

Más allá, sus labios de niña pequeña, de mujer sin culpa ni vergüenza, de muñeca que ríe y ríe y ríe, muñequita linda de cabellos de oro, muñequita de boca roja y rellena como las que odiabas hace años, cuando todavía eran cuatro y no una con una bala diaria en la lengua. Palabras, palabras, palabras, no te golpea ni te grita ni te toca, pero cómo matan el verbo y el silencio, cómo rasgan las paredes del alma, cómo lijan la contención y la cortesía, cómo escuecen en la misma herida de siempre, el corte que no se cerró, que no se cierra, el tajo abierto sobre el que llueve su sal, esas palabras de limón y salitre que riegan tu cordura hasta atacar la raíz, palabras duras en sus labios tiernos, palabras ácidas en sus labios dulces que siguen sonriendo sin escrúpulo.

Niña bonita, niña guapa que no acepta sus veintiún años, niña estancada en los diecisiete—hace cuatro, cuatro, cuatro—, pobre niña condenada a llorar por carnes que se caen, arrugas, deberes, por la edad que pierde la cuenta de sí misma.

Niña sentada cerca de ti, pero no tanto, niña ingenua que te desuella sin saber que sabes, que oyes, que escuchas donde nadie cree, que estás pero no estás en ese grupo que se reúne en torno a ella para reír, reír, reír y recordarte que eres la sombra tras su cuello, entre los rizos de su pelo limpio, perfumado, largo, con enredos tristes que no logra deshacer.

Niña tonta que confía en otras niñas de sonrisa ancha, en otros rostros que también murmuran cuando ella no es el centro, que también abren en canal el tema prohibido y ya entonces no eres tú, no eres solo tú, ya estáis las dos juntas en el corazón de la diana, ya se podría sentar a tu lado, pero ella no sabe, nunca sabe, nunca quiere saber.

Niña estúpida de boca tierna y roja, fresa podrida que vomita hiel. Pobre niña siempre bajo el foco, acostumbrada al aplauso, a la complicidad de otros ojos que también engañan, actriz nata volcada en el insulto y el escarnio, niña cegada por esas luces que siempre has evitado, tú que has vivido en la sombra, con la sombra, a la sombra de niñas bonitas que te señalan con la voz, niñas lindas, atentas, amigas de los mayores, incapaces de aguantar entre lo oscuro, en tu penumbra tensa que las envuelve, inesperada, con los años, cuando solo queda lugar para los murciélagos y su euforia ciega en mitad de la noche.

Sabes que habla siempre, que te nombra siempre —tu inicial afilada entre sus

dientes—, que alza las cejas pensando en tu familia también tímida —cuatro: tu padre, tu madre, tu hermano y tú—, en tu refugio cálido y amable, en tu vida en casa, en tus viernes silenciosos —dos manos y un folio en blanco, un piano, una novela—. Sabes que imagina, que dice, que miente, que te inventa como a tantas otras, que te recrea distinta, ridícula, nueva, esperpento, que te construye, que te destruye cuando te relata y te moldea a su antojo, te escupe para luego volver a llenarse de cariño, niña dulce tan rebosante de amor hacia otras, niña buena toda palabras sin alma, niña perfecta con el corazón atravesado de vanidad y desaliento.

Cada día cuatro palabras que nunca son para ti —¿te quieres sentar conmigo?—, cuatro que evitan mirarte a la cara —¿hacemos el trabajo juntas?—, cuatro que te observan cautelosas para probarte, para humillarte, para controlar lo que creen tener en sus manos —¿te apetece quedar mañana?—. Cuatro sonrisas que son una con los mismos gestos de siempre, los que hacen retornar las arañas a tu mochila y que cuatro fantasmas niños se confundan con el presente, con la boquita roja que intenta darte la espalda, con la faldita corta que se burla de tus cuellos altos, con los ojitos grandes, castaños, sin fondo, esos ojitos que no saben que estás en todas partes, que oyes y ves y sientes todo, que tu silencio es el espacio, la clase, el asiento vacío, cada esquina conocida de cada mesa de cada fila, cada paso en el aula, cada distancia, cada movimiento necesario para saludarla sin respuesta, levantarte, dejarle paso, colocar el pie entre los suyos, mirar hacia otro lado, escucharla caer, oír el chasquido seco o el crujido sordo, volver el rostro, romper por fin el silencio con un grito.

Cuatro escalones y cuatro segundos. Cuatro ojos que se reconocen por primera vez.

Cuatro: tu número de la suerte. Cuatro: tu familia querida de sombras, tu padre, tu madre, tu hermano y tú.



# ¡ALERTA SPOILER!

#### Judith Rodríguez Duclos

Llevaban años avisando de que la era digital iba a cambiar el rumbo de la humanidad, pero Manuel nunca hubiera adivinado que también afectaría a su relación de pareja. Esta es la triste historia de cómo una plataforma de *streaming* llamada Tedflix se interpuso en su amor.

Lucía y Manuel llevaban 5 años de relación. Se habían conocido en el rodaje de un anuncio de colchones, la chispa surgió de inmediato. Ambos querían triunfar en el mundo de la actuación y no tardaron mucho en marcharse a la gran ciudad a probar suerte. Alquilaron un piso juntos y dieron rienda suelta a su pasión y a la conquista de sus sueños.

Posiblemente todo hubiera marchado bien si esto fuera la típica película del sueño americano en el que los protagonistas descubren el Edén, pero no es el caso.

Los ahorros de la pareja se fueron volatilizando y sus esperanzas también. Ambos se habían presentado a una treintena de *castings* sin obtener ningún resultado más que la frustración y la desesperación. Creían haber pagado el billete al crucero de sus vidas, pero se dieron cuenta de que iban subidos en el Titanic.

Lucía fue la primera en coger el bote salvavidas, el amor y la ilusión no iban a darle de comer. Se negaba a volver con la cabeza gacha a casa de sus padres. Tenía que ser adulta. Encontró empleo en una franquicia de comida rápida, no era lo que esperaba de la vida, pero al menos le pagaban bien y podía cumplir con el alquiler.

Por las noches llegaba tan cansada a casa que lo único que le apetecía era ver el nuevo capítulo de *Juego de espadas* (su serie favorita) con Manuel.

Era lo único bonito del día, poder verlo abrazada a él y olvidar el olor a "fritanga" de su pelo y las estúpidas quejas de los clientes.

Manuel estaba triste por ver a Lucía olvidarse de sus sueños, pero más aún por dejarla a ella cargar con la mayor parte de las facturas. Y con el tiempo la situación le superó, se sentía un fracasado. Pasaba los días tirado en casa preguntándose por qué tanto esfuerzo no había dado sus frutos, se preguntaba si quizás le faltaba talento y debía resignarse. Estaba atrapado en un "quiero y no puedo" constante.

Los días pasaban y la pareja solo encontraba consuelo los domingos por la noche, cuando olvidaban sus problemas y se sumían en un mundo de magia y espadas. No había mejor bálsamo para la agotadora rutina. Kohl era el personaje favorito de Lucía, el que aparecía en todas sus fantasías. Muchas veces Manuel bromeaba en la cama imitando a este personaje para despertar el apetito sexual de su novia, pero esos últimos días ella solía estar tan cansada que apenas le hacía caso.

Llegó un punto en que el amor que sentían se fue ahogando por los miedos, la inseguridad y la frustración de sus aspiraciones. Pasaron de querer comerse el mundo juntos a querer devorarse el uno al otro (y no en el buen sentido precisamente).

Pero, como ya sabréis, en toda historia hay siempre un detonante. Algo que hace que todo se desmorone. Y esta no podía ser menos...

Era domingo por la noche y a Lucía no le quedaba mucho para salir del trabajo. Manuel había preparado una cena especial, quería hacer las paces con ella, ya que habían discutido acaloradamente esa mañana. Le había estado reprochado que no sentaba cabeza y que se pasaba todo el día jugando a la consola mientras ella traía el sueldo a casa. Y él, por su parte, le reprochaba que siempre estaba cansada para el sexo. Aun así, sabía que ella tenía razón, tenía que cambiar. Y quería empezar esa noche mismo.

Compró los pasteles que a ella le gustaban y las palomitas de caramelo que solía comer de pequeña. Emitían el último capítulo de *Juego de Espadas* en Tedflix y ambos se morían por verlo desde hace tiempo. Pero todo se torció, Lucía tenía otros planes ese día, ahogar sus penas en alcohol. Así que cuando salió del trabajo se fue con sus

compañeros a tomar unas copas, quería olvidar lo ocurrido esa mañana.

Llegó a las cinco de la madrugada borracha como una cuba y escoltada por un atractivo compañero de trabajo, que había insistido en acompañarla por su seguridad. Manuel, que la estaba esperando, vio toda la escena desde la ventana. A pesar de todo, ayudó a su novia a desvestirse y le sujetó el pelo mientras vomitaba. Ya tendrían tiempo de hablar al día siguiente cuando ella estuviera en condiciones de hacerlo.

Pero no todo acabó ahí, horas más tarde Manuel se despertó a causa de unos gemidos. Al principio le hizo gracia, pues parece que había pillado a Lucía en medio de un sueño húmedo. Sacó el móvil para grabarla y poder enseñárselo entre risas al día siguiente, pero entonces ella empezó a pronunciar el nombre Kohl una y otra vez. No se lo podía creer, Lucía llevaba meses sin prestarle la más mínima atención, apenas le dejaba tocarla, siempre tenía alguna excusa. Y, sin embargo, esa noche había vuelto agarrada del brazo de su compañero... Y ahora esto... ¿Es que ya no le quería?

Manuel estaba tan cabreado que se fue al salón y decidió ver el capítulo nuevo de *Juego de Espadas* sin ella. Se alegró mucho de haberlo hecho, ya que el odioso Kohl moría en la escena final. Aunque también era cierto que en la otra habitación posiblemente se estuviera acostando con su novia, así que ya no sabía quién era el verdadero perdedor en todo este asunto.

Al día siguiente Lucía despertó sola en su cama y con una resaca propia de su época de adolescente. A veces se le olvidaba que tenía ya treinta años y que el aguante no era el mismo. Antes de pararse a reflexionar sobre la noche anterior fue a la cocina a prepararse un café. Manuel no estaba, pero había dejado una nota en la cocina:

Espero que lo pasaras bien ayer con tu compañero de trabajo/de copas. Yo te estuve esperando toda la noche para arreglar las cosas. Tienes los restos de la cena en la nevera. Por cierto, Kohl muere en el último capítulo.

## PD: Alerta spoiler, ups.

Esas palabras acabaron con las últimas esperanzas de reconciliación. Se habían dado de bruces con la punta del iceberg. Por la noche tuvieron una pelea muy fuerte. Ambos se sentían traicionados. Manuel afirmaba ser el segundo plato de Lucía y

ella, por su parte, estaba cabreada por la malvada nota. Su paciencia con él se había agotado. Llevaba mucho tiempo esperando a que cambiara y fuera el chico alegre y luchador del que se enamoró, pero ya no le veía por ningún sitio. A veces sentía que era inútil seguir luchando por lo que estaba roto. No era casualidad que la serie que veían juntos hubiera acabado el día anterior.

Manuel se marchó a casa de un amigo que vivía por la zona y Lucía se pasó los días siguientes a la ruptura llorando y viendo *Juego de espadas*, era como ver el final de su relación en la pantalla de un ordenador.

Los meses pasaron y ambos intentaron seguir con sus vidas. Lucía consiguió un pequeño papel de secundaria en una serie y lo compaginaba con el empleo en el restaurante. También le dio una oportunidad a su compañero de trabajo, pero no era nada serio, más bien le permitía olvidarse momentáneamente de su ex.

Por otro lado, Manuel se repetía una y otra vez que todo había sido un error, que nunca debieron haberse separado, él todavía la quería. Intentó volver a ponerse en contacto para recuperarla, pero ella no quería saber nada. Cuando recordaba su relación, las imágenes de lo que habían vivido se mezclaban con las de *Juego de espadas*, veía una guerra entre ellos dos y a ella clavándole una espada en el corazón. Ahora se sentía más identificado con Kohl que nunca, pues él también estaba muerto para Lucía. ¿Quién había escrito ese maldito guion? ¿Era el fin para ellos también? No, no quería creerlo, debía demostrarle a Lucía cuánto le importaba, necesitaba escribir un final distinto para ellos. Le dio muchas vueltas al tema y, finalmente, lo que parecía una simple metáfora se convirtió en realidad.

Manuel volcó todas sus energías en escribir el guion para un corto que le devolvería el amor de su chica, un final alternativo para *Juego de espadas*. Le dedicó días y noches enteras. Nunca había estado tan inspirado. Todo iba como la seda, hasta que surgió un problema. ¿Cómo iba a grabarlo si no tenía ni un duro?

En lugar de rendirse, se le ocurrió que las universidades públicas podían ser la solución. Convencería a un grupo de chavales de Comunicación Audiovisual para que le ayudaran a grabar su corto y, de paso, ellos podrían utilizarlo como su proyecto de tercer año de carrera. Y así lo hizo. Les ablandó el corazón con su triste historia de pareja y les terminó conquistando con el guion. En unas pocas semanas se pusieron manos a la obra. Manuel interpretaría a Kohl y se encargaría de buscar al resto de actores y, por otro lado, el grupo de estudiantes se ocuparía de todos los aspectos técnicos del rodaje. En un mes tuvieron el vídeo listo.

Pero el proyecto tenía sus lagunas. Lucía le había borrado del mapa, no quería saber nada de él. Y ya sabéis qué dicen, ante situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Tenían que difundirlo, y quizás así ella llegara a verlo algún día. Lo dejarían en manos del destino, en el fondo Manuel era un romántico.

No pasaron ni dos semanas y el vídeo se hizo viral. Tanto que varias personas del entorno de Lucía la llamaron para decirle que debía verlo. Ella ni siquiera sabía de qué se trataba. Cuando le dio al play y vio a Manuel en la pantalla le temblaron las piernas y se le aceleró el corazón, había sido muy duro intentar olvidarlo. Pero ahí estaba él, actuando para ella, escribiendo un final distinto para su turbulenta historia de amor. Le saltaron las lágrimas en el final de los créditos, cuando él explicaba el motivo de haber hecho ese corto. Se dio cuenta de que había estado engañándose a sí misma, no lo había olvidado.

En las noticias entrevistaron a Manuel y a su equipo de rodaje, el proyecto había acumulado más de 100 millones de vistos en solo dos semanas. La gente, que había quedado decepcionada con el final de su serie favorita, encontró en él un maravilloso final alternativo. Además, la historia de amor que había detrás despertaba las fantasías de los fans. Las redes sociales estaban que ardían, querían saber quién era la misteriosa chica por la que habían realizado tan bonito gesto. Y, sin embargo, ella no daba señales de vida...

Gracias al éxito del corto, Manuel había recibido una oferta muy interesante para actuar en una nueva película de Tedflix, a la que querían llamar *Alerta Spoiler*. Le habían propuesto ser el protagonista de su propia historia.

Lo lógico hubiera sido alegrarse por tremenda oportunidad pero, para él, todo había sido en vano... no había recibido ni un solo mensaje de su ex, ni una llamada, ni una sola señal... ¿Por qué querrían grabar una película sobre su fracaso? No tenía un final feliz, es más, ni siquiera tenía un final. Pero no le quedó otra que aceptar, tenía que sentar cabeza y empezar a luchar por sus sueños, como Lucía le había recordado más de una vez.

Pasaron unos meses hasta que el proyecto se consolidó y Manuel pudo reunirse con el equipo de rodaje. Empezaba a estar emocionado, era su gran debut, pero le perturbaba un poco la idea de conocer a la actriz que haría de Lucía. No quería reabrir heridas. Aunque sabía que no se parecería en nada a ella, pues nunca le reveló su identidad a la productora, quiso respetar su privacidad.

Cuando entró al plató se dio cuenta de que estaba muy equivocado, ambas se parecían como dos gotas de agua. No quería despertarse de ese sueño...

Lucía, al fondo del plató, sonreía tímidamente al ver la reacción de Manuel al encontrarla allí. Quiso darle una sorpresa y se presentó al *casting* en secreto. Pensó que ella era la adecuada para rodar aquel final que, paradójicamente, era también un comienzo.

La realidad a veces supera a la ficción, queridos lectores, y el verdadero amor no conoce de barreras, ni siquiera de las digitales.

Con vuestro permiso os haré un pequeño *spoiler*: no fueron felices y comieron perdices como se espera de estas historias. Eso es lo propio de los príncipes y princesas. Y eso no iba con ellos. Nuestros protagonistas son gente corriente, hecha de carne, huesos y corazón. Manuel y Lucía cambiaron las perdices por palomitas de microondas y los tronos por un cómodo sofá, y siguieron viendo series juntos muchos años más, pero esta vez sin *spoilers*.



## La sonrisa del Vikingo

## M. Magdalena Ruiz Brox

 $-\chi$  Me odiarás? —le preguntó abrazándola contra su cuerpo justo antes de dejarla cruzar la barrera del metro.

—¿Odiarte? No sé. Lo que estoy segura es que seré incapaz de quererte —eso lo pensó. La conmoción le impidió articular palabra. Se desprendió de aquellos brazos musculosos que le repugnaban. En silencio. Marchar de allí lo antes posible. Como alma que se lleva el diablo.

Hubiera sido un buen final. Una sentencia muy grandilocuente, casi literaria.  $\ll_i S \acute{i},$  te odiaré y por los siglos de los siglos, Carlos!», pero la locuaz Marie fue incapaz de abrir la boca. Bajó de dos en dos las escaleras eléctricas, como si la persiguieran. Tuvo suerte. El tren llegó pronto. Escogió el último vagón. Y el último asiento para recostar la cabeza contra la pared. Se hundió en el tapizado como un fardo de ropa sucia dejado caer.

«¿Que si me vas a odiar?». En ningún contexto se hubiera imaginado esas palabras. Pero no pensaba odiarlo. Todavía no había experimentado ese sentimiento. Ni siquiera con Andrés, su novio de toda la vida. La tarde en la que todo se torció. La tarde en la que no tenía que haber subido al piso para darle una sorpresa. La tarde en la que la sorprendida fue ella.

Allí estaba en la habitación con su prima. ¡Menudo ojo! Sus gustos le asustaban más que su imaginación. Pero ni tan siquiera en aquella ocasión sintió odio. En

aquel instante le embargó una gran pena; una decepción tan grande que a punto estuvo de sumirla en un pozo. Aunque salió reforzada. Había que salir de nuevo a la vida... A despertar como el día. El mundo no progresa con seres pusilánimes.

Aquella fue la primera ocasión en la que quiso odiar, pero no pudo. El rencor como un certero portazo. El rencor como escudo. Por mucho que sus amigas le convencieran de todo lo contrario. «El odio envenena como una bicha. El odio te devora». Sin embargo, Marie seguía pensando en él como la vacuna más certera contra el desamor. Pero, como los acontecimientos que marcan una vida, el odio tampoco avisa. Llega o no, y en aquella ocasión no llegó. Obró el milagro. Eso lo descubriría después.

Aquella tarde se cruzó con varias personas. No se detuvo. Apenas devolvió el saludo, resguardada en sus gafas de sol. Le urgía llegar a casa. Directa al baño. Se sumergió en la bañera y comenzó a enjabonarse meticulosamente con la pastilla de avena. Aquella atmósfera repleta de vaho le evocaba la neblina que abotargaba su mente. El espejo dejó de devolverle su imagen. Hasta la hora de cenar allí pasó aquella tarde a la que puso nombre: «La tarde del no resentimiento».

Le gustaba poner nombre a su realidad. Tenía apodos para las personas más queridas, y también para su primer coche, sus bicicletas y, sobre todo, para sus vestidos. Estaba «el del accidente», por haberse caído de la moto cuando lo llevaba puesto; «el de papá», aquel vestido azul de vuelo que tanto le gustaba; «el de la tarde de Andrés», que vestía el día de la malograda sorpresa.

Antes de preparar la cena de «la tarde del no resentimiento» consultó la lista de aditivos alimentarios que Carlos le había dejado encima del microondas. «¡Atención con lo que comes! ¿Sabemos lo que comemos?», advertía.

La lista era una fotocopia de la que Carlos tenía en el corcho de su cocina. Contenía unas directrices de la Unión Europea con las sustancias químicas perjudiciales que solían hallarse en la mayor parte de los productos de los supermercados: colorantes, aromatizantes, conservantes, edulcorantes...

Marie se había cuidado siempre. Lo normal. Comida casera y todo el ejercicio físico que su tiempo libre le permitía. Pero cuando conoció a Carlos se dio cuenta de que quizá no era suficiente. Algo que Carlos le repetía: «Es que no te me cuidas nada, Marie».

Carlos no comía sin antes descifrar las etiquetas de los alimentos que consumía. Los «E-aditivos». Aquella lista simulaba la tabla periódica de los elementos de la clase de Química. Estaban organizados en tres grandes grupos: los inofensivos, los que había que evitar por precaución, y los prohibidos, por ser tan perjudiciales que en algunos países estaban prohibidos. Todo ordenado.

 $-\xi$ Tú, qué eres, una de esas mujeres fofisanas? —le dijo al percibir la cara de pasmo de Marie ante aquel despliegue—.  $\xi$ Acaso estás segura?  $\xi$ Acaso sabes lo que comes?

—La mayor parte de veces sí —respondió—. Claro que sí —sentenció—. Cocina mi madre, comida casera.

—¡Es que no te puedes fiar ni de tu madre! —exclamó Carlos muy serio—. Imagino que ella comprará la salsa de tomate. O utilizará legumbres en conserva. Y eso es muy perjudicial porque contiene un montón de sulfitos.

—Quizás sí, quizás tengas razón. No sabemos lo que comemos —y por primera vez sintió su inconsciencia. Por no haberse informado de todo aquello; por consumir frívolamente lo que su madre cocinaba para ahorrarse tiempo. Quería aprender de aquel mundo de alimentos sin gluten, sin aditivos artificiales y sin lácteos. "¿Una vida más saludable?". "¡Atención con lo que comes!".

Carlos era un «varón diana», uno de esos hombres de magnetismo inevitable capaz de atraer las miradas de las mujeres como múltiples dardos. A diferencia de los de su especie, a él le bastaba con esperar. Tenía aspecto de vikingo o de rey nórdico del medievo. Alto, espigado, con unos ojos verdes enormes y una melena rubia con tímidas canas que anunciaban una edad imprecisa próxima a la cuarentena. Podía tratarse de uno de aquellos personajes septentrionales de no haber sido por aquellos labios grandes, abrumadoramente grandes, que distinguían la raza mediterránea, y que tanto atraían a Marie. De antemano siempre le habían gustado los hombres de bocas orondas.

Quizá por eso escribió a 'Sin gluten' en aquel chat de Internet. A él le dijo que le hizo gracia su nombre de usuario, pero lo que realmente le sedujo fue su boca, unos labios generosos que se entreabrían como una ventana a unos dientes que invitaban a descubrir. Así que un instante antes de escribirle, cambió su nombre de perfil, de Marie a 'Galleta Marie', para lanzar el señuelo.

- -¿Qué sano, no? ¿Un hombre sin gluten?
- —Gracias Galleta Marie. lo intento, sí. soy sin gluten 100 % ☺
- -Jejeje, pues yo que tú me lo haría mirar.
- -Xq?
- —Estás viviendo al límite. Hablando después de medianoche con una galleta Marie.
  - -Mujer, las hay sin gluten... Y estan deliciosas.
  - -A tanto no llego. Eso sí, soy ecológica e integral, ¿te valgo?
  - -Uuuuuuummmm, lo apunto para línea.
- —Si quieres quedamos y me explicas tu mundo sin gluten, ¿te parece? Prometo aprender rápido.
  - -Bingo! quedamos. Me gusta esa galleta Marie.

Y quedaron. En un local céntrico y muy exclusivo propuesto por Carlos en el que se podía elegir entre un centenar de tipos de cereales y una decena de leches. Una tarde en la que Carlos le explicó que, en realidad, no tenía un diagnóstico médico de celiaquía, pero que desde que comía sin gluten se sentía mejor. Y que además se había hecho vegano, horneaba su propio pan de espelta y siempre prefería comer en casa. La misma filosofía de slow food regía otros ámbitos de su existencia. Sus aficiones: la meditación, el taichí y las lecturas, también eran de fermentación lenta.

Aquel mundo con hipocondría y con una infinidad de 'sin': sin gluten, sin aditivos y sin hijos, se completaban con un estilo de vida sin ajetreos ni angustias. Trabajaba cinco horas diarias en una consultoría tras abandonar la empresa familiar. Carlos provenía de una saga de ingenieros, que se había granjeado un cierto renombre en la ciudad. Vivía en un piso céntrico cedido por su abuela y su verdadera vocación era la Filosofía.

A Marie le atrajo todo aquello como un sugestivo anuncio. El mundo consciente,

la guerra a la prisa... Ella, que había sido precoz para todo, especialmente para los idiomas, porque su madre, de origen austriaco, le enseñó alemán y francés de niña. Ello, unido al inglés de colegio bilingüe y al italiano aprendido durante su año de Erasmus en Verona, la convirtieron en la candidata ideal para el selecto bufete de abogados de sello internacional donde trabajaba. El despacho que quería. No otro. Tras su paso por firmas que facturaban millones de euros al año, recaló en este hace dos años. En todos alargaba la jornada de forma maratoniana. Eso la hacía tan distante de Carlos como su apariencia física.

Porque Marie era una mujer menuda. Pertenecía a esa estirpe de mujeres etéreas que tienen la gracia de coquetear sin saberlo. De aspecto aniñado, de menguado peso y estatura, pero con unas pronunciadas curvas que testimoniaban su condición de mujer, junto con su penetrante mirada oscura, a la que sacaba partido alargando el rabillo de los ojos con una delgada línea negra. No obstante, tanto la niña parlanchina como la joven mujer triunfadora habían querido parecerse a otras. Durante su infancia, a su prima rubia de tersas mejillas de albaricoque; durante la adolescencia, a la inteligente hija del panadero, compañera del instituto, y más recientemente, a la fiscal, excelente profesional y madre, que desayunaba con ellos los jueves... Nadie hubiera sospechado que aquella mujer anhelaba semejarse a otras. Durante toda su vida.

«La tarde del no resentimiento» carecía de la fuerza de todas. Tras salir de la bañera, Marie se movía lentamente con el albornoz húmedo. Solo al dirigirse a preparar la cena reparó en que había pasado más de dos horas tumbada en el sofá. A continuación, se preparó un vaso de avena con miel y equinácea, y se dirigió a la cama. En eso consistió su cena. Y dos miligramos de ansiolíticos. Necesitaba fortalecer su sistema inmunitario y el sueño era crucial. Eso también se lo contó Carlos, que dormía lo que nadie: diez horas al día.

—No te pongas nerviosa, Marie —se pronunciaba cariñosamente—. Respira y céntrate en el ritmo de la respiración.

Marie conciliaba el sueño en apenas unos segundos. Solo necesitaba que el dormitorio reuniera una oscuridad total para caer rendida. Ni tan siquiera las cuestiones laborales le robaban el descanso. Pero aquella noche los pensamientos no cesaban. Y empezó a llover fuertemente como aquel fin de semana que pasaron en la sierra.

La escapada, en los prolegómenos de aquella relación, no empezó bien. Carlos,

que se demoraba siempre para todo, lo hizo más de lo habitual. La noche anterior se había acostado tarde tras una partida de póker con los amigos. Durante el fin de semana también pudo comprobar que este se pasaba el tiempo conectado a plataformas de inversores a través del móvil.

—Marie, es solo un aliciente. Estoy muy acostumbrado y todo lo tengo bajo control. Me resultaría vulgar hacer lo mismo cada mañana.

Carlos le reveló que un ingreso extra no le vendría mal. Estaba dispuesto a forzar un despido tras recibir un burofax que le penalizaba por haber llegado tarde injustificadamente al trabajo tres veces durante el último mes.

Aquel fin de semana la lluvia inclemente decidió por ellos. Tuvieron que suspender las rutas de senderismo y los retiros a meditar. Pasaron dos días recluidos en la cabaña e hicieron el amor más de lo previsto. Marie aprendió que su comer sano escondía una peligrosa ortorexia; y que en la cama se parecía más al jugador nihilista que arriesga en busca de emoción, que al paciente *mindfulness*. A Carlos la mujer chiquita le supo a poco: una carta sin valor en su amplia baraja. La lluvia aceleró que se conocieran, o mejor que se desconocieran porque, tras aquel fin de semana, no hubo más. Solo aquella tarde, «la del no resentimiento».

Todo brillaba aquella tarde de enero. Carlos le había propuesto quedar para devolverle unas zapatillas que se había llevado por error. Aquel sol de invierno dejó de valer toda una vida para Marie cuando Carlos le reveló lo que se escondía en su interior. Y, después de aquel fin de semana, lo de dentro de Carlos ya habitaba en Marie.

La locuaz Marie se quedó muda. Una debilidad extrema se apoderó de sus piernas, pero, como pudo, huyó para desplomarse en el tapizado del metro. Con los ojos cerrados se descubrió rezando un padrenuestro, el primero de entre las muchas oraciones de esa noche.

A la mañana siguiente, se despertó con una jaqueca insoportable. Se levantó de la cama directa al baño. Se examinó los ojos y la lengua. Se metió en la ducha y, al salir de ella, fue nuevamente a supervisarse los ojos, la lengua, la piel... Buscó el teléfono de varios especialistas y se vistió apresuradamente con la ropa del día anterior. De camino al trabajo se olvidó conectar la radio y mirar al cielo, una costumbre que practicaba cada mañana desde que papá las dejara súbitamente hacía un par de años.

Concitó las miradas del consejo asesor cuando iba vestida con unos vaqueros rotos, sin maquillar. Precisamente Marie, una de esas pocas personas que lograba con sencillez un aire sofisticado cada día y que encontraba siempre el modelo justo para cada ocasión. A Marie siempre se la esperaba. Al acabar la mañana habló con el jefe y se tomó la tarde libre.

Aquel día durmió tres horas de siesta y, aun así, se sintió cansada. Para las pruebas médicas tenía que esperar un periodo ventana de tres meses. Necesitaba cuidarse. También la alimentación. Miraría lo que ocultaban todas las etiquetas y se dormiría pronto. El descanso era fundamental. Pediría una reducción de jornada. No podía vivir con ese estrés.

Aquella noche, al ir al baño, lloró sin remedio. Se echaba de menos. Se lavó la cara y se miró al espejo. Le había costado toda una vida aprender a quererse. Ya no quería ser su prima rubia de tersas mejillas de albaricoque; ni la inteligente hija del panadero, ni tan siquiera la madre-fiscal, quería ser Marie. Sencillamente, Marie. Antes de irse al dormitorio, se volvió a acercar al espejo y, al mirarse, descubrió en su rostro la oronda sonrisa del vikingo.

## índice

PORTICO	4
Comisión de selección	6
Premios y selección	7
Primer Premio: Distópicos, <b>Laura Coves Fernández</b>	9
Segundo Premio: El Prototipo, <b>Miguel Ángel Molina Jiménez</b>	18
Tercer Premio: Mañanas paralelas, <b>Elena Alcantud Brotons</b>	25
Selección: Son y serán cicatrices por fuego, <b>Lamiae Belghanou Tarhouli</b>	27
Manzana podrida, <b>Laura Coves Fernández</b>	35
Como por arte de magia, <b>José Filiu Casado</b>	4.4
La rendija, <b>Eduardo José Francés Álvarez</b>	47
La cabra tira al monte, <b>María Jesús Navarro Ríos</b>	5 <sup>3</sup>
La polseguera, <b>Pablo Navarro Simarro</b>	60
Muralla a la vanguardia, <b>Irene Reyes Noguerol</b>	67
¡Alerta spoiler!, <b>Judith Rodríguez Duclos</b>	72
La sonrisa del vikingo, M. Magdalena Ruiz Brox	79

